BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SILVER KANE

UNA CAMA EN EL INFIERNO





SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

281 — Ven a charlar esta noche, *Lou Carrigan*.
282 — ¡Déjame dormir en mi tumba!, *Clark Carrados*.
283 — Cadáver-puzzle, *Adam Surray*.
284 — El coleccionista de cerebros, *Joseph Berna*.
285 — El día de la peste, *Curtis Garland*.

SILVER KANE

UNA CAMA EN EL INFIERNO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 286
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 22.032 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

INTRODUCCION

El hombre que se sentaba ante el volante le dijo al que estaba detrás:

—Tápale las piernas.

En efecto, hacía falta. Desde la cercana residencia podían verlo ya. El de atrás había estado manoseando a la chica medio inconsciente que apenas tenía quince años.

Recogida en auto-stop al sur de París y forzada dos veces en el camino. Pero aún les sabía mal desprenderse de ella porque podían disfrutarla durante todo el fin de semana. Seguro que la policía no la buscaba aún.

Arreglaron su ropa, un poco.

—Qué piensas de la casa, ¿eh?

El conductor la señaló con un movimiento en su mandíbula. A través del parabrisas la miraron los dos.

—Magnífica...

Los torreones de pizarra brillaban al sol. El día era espléndido. Costaba mucho llegar hasta allí a causa de la dificultad de los caminos, pero luego valía la pena.

—Es una casa histórica —dijo el que conducía—. Aseguran que el Ministerio de Cultura hace gestiones para abrir aquí una especie de museo, pero va para largo.

—¿Y mientras tanto han abierto una residencia?

—Sí, pero para muy poca gente. Unas cuantas parejas y nada más. Éste debe ser uno de los mejores niditos de amor que hay en Francia.

—Resulta acogedor —dijo el otro—. Claro que el día de sol ayuda mucho. En una noche de tormenta, no sé qué sería esto.

—Estando acompañado, delicioso —murmuró el conductor—. Me gustan las noches de tormenta cuando tengo a alguien en la cama. Puede que esta noche la haya, ¿comprendes? La radio ha dicho que se avecina mal tiempo, pero ahora el sol es magnífico. Creo que deberíamos pasar el fin de semana ahí.

—Claro. Adelante —dijo el otro.

Pero el tío era incorregible.

Volvió a acariciar a la chica.

CAPITULO PRIMERO
LA TORRE DEL HOMENAJE

El rayo iluminó con su lívido resplandor las torres milenarias. El estampido del trueno rasgó la noche.

El automóvil, un discreto «Peugeot 504» color negro, que parecía digno de un notario o de un juez, se detuvo ante la entrada de la verja. El conductor envió con los (aros dos rápidos haces de luz seguidos para que le vieran desde la casa.

Prevost, delegado de Cultura en la Ille de France, miró a través de una de las ventanillas y murmuró:

—¡Menuda noche!...

El hombre que estaba a su lado encendió una pipa y se encogió de hombros. Estaba profundamente fastidiado por aquel viaje a través de pésimos caminos a una de las zonas más ignoradas del país, pese a encontrarse tan cerca de la capital de Francia. Lo que él deseaba era acabar, de modo que dijo:

—Bueno, lo que hace falta es largarse de aquí. Leeremos el acta de ocupación y basta.

Desde el interior de la casa les abrieron la puerta eléctricamente, lo cual significaba que aquella vieja mansión del siglo X. maravillosamente conservada, también disponía de notables adelantos modernos. El coche pasó a través de lo que había sido un magnífico jardín, y que ahora estaba cubierto de maleza, y se detuvo ante la portalada de la casa.

Prevost musitó:

—Ni hecho a propósito para una película de horror.

En efecto, la puerta de hierro forjado, que tenía una increíble antigüedad, era siniestra. Aunque ya no existía puente levadizo, destruido por el paso de los años, el ambiente era digno de la mansión de Drácula. Los dos hombres vieron reforzada esa impresión por el lívido rayo que los iluminó de pronto cuando bajaron del coche.

—¿Qué le parece esto, Caen? —preguntó a su compañero.

—Me causa una impresión pésima. Si esto lo ve un director de cine, lo alquila en seguida para una película de horror. No me gusta estar aquí.

—Es una tontería —dijo Prevost—. Se trata de una casa noble y vieja, pero en esta clase de edificios nunca pasa nada.

—No es eso lo que he oído decir.

—¿Qué es lo que ha oído decir, Caen?

—Que por estos años se había cumplido no sé qué maldición referente a esta casa.

Prevost, que como delegado de Cultura del gobierno no creía en las supersticiones, murmuró:

—¿Qué clase de maldición?

—No sé... Todas esas cosas resultan casi imposibles de explicar, pero se trota de algo que traería conflictos y muertes.

—¿Muertes? —Preguntó Prevost—. ¡Qué tonterías! ¿Por qué va a morir alguien aquí?

Y se dirigió a la entrada principal de la casa.

A él también le había entrado de pronto el desasosiego. Al igual que su compañero Caen, tenía prisa por acabar.

Y de pronto alzó la cabeza. Acababa de oír algo inexplicable en el aire, allí donde se alzaba orgullosamente la vieja «torre del homenaje».

Un nuevo rayo iluminó bruscamente la escena. Lo pudo ver todo con perfecta claridad.

Las piedras comidas por la humedad y el tiempo de aquella torre donde siglos antes eran colgados los que no obedecían al señor feudal.

Las almenas que estaban a más de cuarenta metros de altura.

Y el cuerpo de la mujer. El cuerpo de la mujer que caía desde allí lanzando un grito de muerte.

* * *

La mujer se acabó de ajustar las medias en los tirantes del liguero y guiñó un ojo al hombre que la miraba extasiado desde la cama, un nombre que parecía dispuesto a empezar de nuevo, pese a haber hecho dos veces el amor con ella. Mórbidamente, la mujer se estiró bien para mostrar las piernas, porque sabía que éstos figuraban entre las más bonitas de Francia.

El hombre susurró:

—Estás divina, Aline.

—Pues si me encuentras tan perfecta, ¿por qué no lo hacemos de nuevo?

—Tú sabes que es imposible, muñeca.

—¿Estás cansado?

—No, no es eso.

—Pues entonces es que no debes encontrarme tan atractiva como dices. O quizá piensas que hay mujeres más «sexy».

—¿Por qué dices eso? Tú misma estás convencida de que no. Lo que ocurre es que esta tarde tengo un trabajo que no puedo aplazar.

La chica, una modelo que había estado a punto de ser «miss Francia», y que ahora se ganaba la vida anunciando bikinis y prendas interiores femeninas, se puso la falda y dejó que el fascinante panorama desapareciera. Luego musitó:

—Nunca me hablas de tu trabajo, Paul.

—Lo conoces perfectamente. Soy un funcionario del Departamento de Asuntos Exteriores.

—Eso es no decir nada. En los ministerios franceses hay miles de funcionarios como tú, pero sé que tú eres distinto. Y, sin embargo, jamás me hablas de tu verdadera actividad.

Paul rió.

Era un hombre todavía joven y vigoroso, aunque en sus sienes aparecían ya unas hebras plateadas que le daban un cierto aspecto caduco, aunque aún elegante y discreto. De que era un funcionario de cierta categoría no cabía duda; bastaba verle.

—Puedo jurarte que no se trata de nada relacionado con el espionaje —musitó—. Pura rutina.

Y se levantó también de la cama para ir a la ducha. Momentos después, ya irreprochablemente vestido, miró a la hermosa mujer que fumaba negligentemente un cigarrillo, con las piernas cruzadas, exhibiendo la maravilla viva de sus muslos.

—A las cinco tengo que estar en la Place de la Republique —dijo Paul—, y es posible que no pueda regresar hasta las nueve. ¿Cuánto tiempo podrás quedarte tú?

Ella entornó los párpados.

Sabía que el hombre no se llamaba Paul, que no iba a la Place de la Republique y que la única cosa cierta era que probablemente le sería imposible regresar antes de las nueve.

—Hasta bien entradas las ocho —dijo.

—Te llamaré desde una cabina pública para convencerme de que todo va bien. ¿Puedes cuidar de Marie?

—Desde luego, pero por si acaso llámame antes de media hora. La agencia de publicidad para la que trabajo, podría necesitarme, y en ese caso tendría que dejar sola a Marie.

Paul hizo un gesto de preocupación mientras se ajustaba la corbata.

—Claro que te llamaré, por si tienes que irte, aunque me gustaría que te pudieras quedar. No sabes cómo te agradezco lo que estás haciendo, Aline.

Aline estiró el busto perezosamente, demostrando bien a las claras que sus opulentos senos estaban en cuanto a categoría a la altura de sus piernas.

—Podría hacer mucho más si tú quisieras, Paul —susurró.

—¿Casándonos? Claro que sí, Aline, pero para eso necesito estar legalmente divorciado de mi mujer. Ahora es cuestión de un par de meses solamente; hemos de tener paciencia.

—Paciencia, paciencia... No creas que me gusta hacer clandestinamente el amor contigo, mientras tu única hija duerme en la habitación de al lado. Ella cree que soy tu secretaria y que vengo a copiarte cartas.

Palpitaba un reproche en la voz de la preciosa mujer. Paul la alentó con una sonrisa llena de confianza.

—Dentro de poco te querrá como a una madre, Aline —dijo—. Ya lo verás. Y ahora tienes que perdonarme porque el tiempo apremia. Te llamaré dentro de media hora justa.

—Desde cualquier cabina telefónica —dijo ella.

—Sí, desde cualquier cabina telefónica.

Y Paul salió.

Desde la ventana del apartamento, situado en el punto más elegante de la Avenue Magenta, ella le vio cruzar la calle. Un taxi parecía esperarle.

Aline sonrió.

Sabía que el taxista no era un taxista, sino un miembro del servicio secreto francés que trabajaba para el ministerio de Asuntos Exteriores.

Con un gesto lleno de suavidad dejó caer las cortinas de la ventana y regresó al interior del dormitorio donde había estado haciendo el amor. Las ropas caídas a un lado y los almohadones desordenados eran aún pruebas silenciosas de la ardiente batalla.

Pero Aline no se detuvo allí. Salió de la habitación y fue a la pieza contigua, donde dormía la pequeña.

Debía tener unos cinco años.

Hija única de unos padres que no habían sido felices, descansaba con una respiración suave y tranquila. Convaleciente de una enfermedad, tomaba un sedante cada día después de las comidas, para descansar mejor.

Normalmente estaba dormida a aquellas horas, pero al oír el leve ruido que hizo Aline abrió los ojos.

Y la sonrió con la suavidad de una niña en cuya mente no hay la menor malicia.

—Hola, Aline —dijo—, ¿has terminado las cartas de papá?

La opulenta mujer sonrió también.

—Sí, cariño.

Y tomó uno de los almohadones de la cama.

—A ver, ponte cómoda, cariño. Así como estabas. Cara al aire.

La niña seguía sonriendo.

—¿Qué vas a hacer, Aline?

—Ahora lo verás, pequeña.

Y le aplastó bruscamente el almohadón sobre la cara.

Marie apenas pudo hacer:

—Mmmm...

Su cuerpo se tensó y se relajó dos veces espasmódicamente, porque no podía respirar. Con manos trémulas intentó librarse de aquel almohadón que la estaba asfixiando.

Pero Aline era una mujer madura, tenía cien veces más fuerza y además cargaba todo su peso. El almohadón permaneció inconmovible sobre la cara de la pequeña:

Las sacudidas de ésta se hicieron más espasmódicas y más débiles. Las manos que sujetaban febrilmente las de la asesina dejaron de apretar poco a poco.

Unos instantes después, el pequeño cuerpo no se movía.

Aline levantó el almohadón poco a poco.

Y alzó bien uno de los párpados de Marie para mirarle el fondo de las pupilas. La falta total de reacción le indicó que estaba muerta.

Entonces encendió tranquilamente otro cigarrillo.

Y, sentándose en la propia cama donde estaba el cadáver, se dispuso a esperar la llamada telefónica.

* * *

¡CHAAAASK!

El estampido del cuerpo humano al caer desde la torre fue siniestro. Dio la sensación de que se partiría en pedazos incluso, pero lo único que saltó al aire fueron unos cuantos hilos de sangre.

Prevost y Caen se lanzaron espasmódicamente hacia atrás.

De sus gargantas estuvieron a punto de escapar unos grifos de horror.

Miraron alucinados aquel espectáculo que les hacía pensar en una película de aparecidos y de fantasmas.

Caen bisbiseó:

—¿Pe... pero qué es esto?

—Sencillamente lo que estamos viendo —dijo Prevost—. Esta mujer se ha lanzado desde la torre del homenaje.

—¿Se ha lanzado o la han lanzado?

—Ha sido ella sola —dijo Caen con voz opaca—. Nunca debimos haber venido aquí.

—¿Por qué?

—Esta casa está maldita.

—Dejémonos de tonterías —masculló Prevost—. En todas partes ocurren suicidios. Y todas las viejas mansiones tienen su leyenda, pero eso no importa. No hay por qué pensar en las maldiciones que no existen.

—Sí que hay que pensar en ellas —dijo Caen, mientras sus facciones amarillas y gastadas se hacían más apergaminadas aún—, sobre todo cuando empiezan a cumplirse. Porque esto no es más que el principio, Prevost, un principio que nos estremecerá de horror. Ya lo verá.

Y entonces la puerta principal de la casa se abrió, mientras el exterior era alumbrado por la luz lívida de otro rayo.

Dentro de la casa había una luz anaranjada y espesa.

Sonó entonces un grito de muerte.

* * *

Paul atravesó la puerta.

Llevaba una maleta en la mano derecha, una maleta de fina piel que no estaba en su poder cuando salió de la casa, pero ya no parecía acordarse de ella. No se daba cuenta ni de dónde ponía los pies.

Con ojos desencajados miró el interior de la habitación.

Aline puesta en pie, muy pálida y muy temblorosa.

La niña completamente crispada.

Con las facciones violáceas.

Muerta.

Paul dejó la maleta en el suelo y se derrumbó. Estuvo a punto de caer sobre la cama mientras farfullaba con una voz que no parecía la suya:

—Cuando te he llamado por teléfono me has dicho que... que Marie... es... estaba muerta.

—Sí, Paul... Y te he pedido que vinieras urgentemente, dejándolo todo. No puedo entender cómo ha sido. Cuando yo he entrado en la habitación, ella... ella estaba ya así.

El hombre hizo un esfuerzo terrible para mantenerse en pie.

Estaba claro que el mundo entero daba vueltas en torno suyo, que todo dejaba de tener sentido para él.

E hizo la pregunta que hubiera hecho todo el mundo, aunque conociendo las causas de los males no pongamos remedio a éstos:

—¿Cómo ha... ha podido ser?

La voz metálica dijo entonces desde la puerta:

—Nosotros te lo explicaremos, hermano.

Y cinco hombres penetraron en la habitación. Cinco hombres silenciosos como fantasmas. Cinco tipos parecidos a espectros que le produjeron el efecto de una alucinación.

Paul les miró como si no entendiera.

Y era verdad. No entendía absolutamente nada. Lo único que comprendió de una forma confusa, casi irreal, fue que Aline tenía algo que ver con aquello, que Aline le había traicionado.

Incluso que Aline era... era...

No pudo seguir pensando. De pronto notó que ponían en su mano derecha una pistola. Era una «Star» del nueve corto.

Y se dio cuenta de que estaba cargada.

Pero todo aquello era inexplicable. No había una sola cosa que tuviera sentido. El que le diesen un arma cargada era lo más absurdo que... que...

Pero no tuvo fuerzas para usarla. En este momento terrible, unte el cuerpo de su hija muerta, no sintió el menor deseo de luchar. Su mente se había paralizado y era incapaz de encontrar una respuesta.

Ni siquiera seccionó cuando notó que su mano armada era sujetada y empujada por otra mano mucho más poderosa. Sus dientes produjeron un chasquido cuando el cañón de la «Star fue metido en su boca.

La propia voz de Aline dijo quedamente:

—Más vale que dispares tú mismo, amor. Te evitarás sufrimientos.

Paul asintió con una lenta cabezada.

Todo aquello le daba un asco infinito.

No le importaba morir.

Para él fue un alivio apretar el gatillo cuando tenía el cañón de la pistola metido casi hasta la garganta.

No oyó la detonación. No notó nada.

La bala, disparada con silenciador, no produjo más sonido que el del cerebro roto. Lo atravesó y se empotró en la pared.

La mano que había «ayudado» al «suicida» se apartó poco a poco.

Y el cuerpo que por unos momentos parecía haber quedado suspendido en el aire se arrugó lentamente.

CAPÍTULO II
LA MALDICION

El comisario Bernier lanzó un par de maldiciones cuando le arrancaron de su tranquilo despacho, donde había color, botellas de coñac y revistas con chicas desnudas, pero no le quedó más remedio que jorobarse y salir. Tardó más de media hora, por aquellos pésimos caminos, en llegar a la mansión de los Reuben, pese a que la distancia a la población no era superior a tres kilómetros.

El gendarme que conducía dijo lo que otros hubieran dicho en las mismas circunstancias. Masculló:

—¡Vaya nochecita!

En efecto, los rayos seguían cayendo y los truenos llenaban el espacio de un ensordecedor y continuado mugido. Apenas llovía, pero daba la sensación de que todas las fuerzas secretas y telúricas del planeta se habían puesto en movimiento. Hasta la tierra parecía temblar.

Vio a los dos hombres junto al cadáver.

Y vio también a Lorna, la actual dueña de la casa. Lorna, con la que todos los hombres de cien kilómetros a la redonda se hubieran querido meter en la cama, naturalmente sin conseguirlo.

Ella aún estaba muy alterada.

El vestido cortito mostraba la perfección de sus largas piernas. Su pecho subía y bajaba. Daba la sensación de que en cualquier momento podía sufrir una crisis de nervios.

También estaba una de las sirvientas. Bernier la conocía bien y por eso lanzó una especie de gruñido al verla. Aquella mujer siempre le había causado la sensación de ser el ama de llaves de Drácula.

Vestida de negro hasta los pies, tenía algo que parecía llegado desde el fondo del otro mundo.

Sólo en una casa tan vieja y misteriosa como la de los Reuben podía uno encontrar una sirvienta así.

Les ojos del comisario fueron hacia el cadáver que yacía bajo la noche, entro un alucinante charco de sangre.

También conocía a aquella mujer. Era Nelly, la institutriz. Una chica joven, equilibrada y selecta, que uno no podía concebir uniéndose a la idea de la muerte. Y, sin embargo, estaba allí, materialmente hecha añicos, después de haber caído como una piedra desde lo alto de la torre del homenaje.

Porque eso estaba claro. Al menos el sitio desde el que había caído no ofrecía ninguna duda.

Bernier miró a los dos hombres, que estaban quietos como fantasmas, y susurró:

—Soy el comisario Bernier. Lorna, la dueña de la casa, me ha llamado hace un momento, presa de un ataque de nervios.

—Sí... —dijo uno de los hombres—. Cuando ha abierto la puerta de la casa, hace poco, estaba chillando también. Parecía como si la muerta fuese ella.

Era una comparación absurda, porque los muertos no chillan, pero en aquel clima pareció una frase la mar de lógica. Bernier gruñó entonces:

—¿Quiénes son ustedes?

Prevost le tendió una tarjeta.

—Soy Ismael Prevost, delegado de Cultura. He venido especialmente desde París para realizar aquí un acto oficial.

—¿Y usted?

—Yo Soy Caen, funcionario de la sección Monumentos Artísticos de Francia. En este caso estoy a las órdenes del señor Prevost.

—¿Y para qué han venido?

—Venimos a hacer inventario de los objetos antiguos y de valor histórico que hay en la casa. Es la más antigua de toda la región, y el Estado, según la ley, tiene un derecho de compra sobre esos objetos para trasladarlos a un museo. También es posible que quiera comprar la casa para transformarla en un centro cultural.

Bernier giró la cabeza.

—¿Usted sabía esto, Lorna? —preguntó mirándola.

—Sí. Me habían escrito que vendrían.

—¿En una noche como esta?

—Nos hemos retrasado a causa del mal estado de los caminos —explicó Caen—. En esta zona todo son senderos de carro y las últimas lluvias los han inundado.

—Los caminos pertenecen también a la casa y hace siglos que nadie se ocupa de ellos —dijo Bernier—. Pero ahora qué sé quiénes son ustedes y por qué están aquí, ¿qué es lo que han visto?

Prevost explicó en pocas palabras su llegada. El grito alucinante que habían oído y luego el espectáculo increíble del cuerpo desplomándose desde arriba.

—¿Un suicidio? —preguntó lentamente Bernier.

—Eso es usted quien debe decirlo, comisario.

—¿Han visto alguien en lo alto de la torre?

—No —susurró Caen.

—De todos modos, como estaba oscuro, es posible que...

—Se equivoca, comisario. En aquel momento preciso un rayo cruzó el horizonte. Los dos lo recordamos muy bien.

—¿Entonces vieron la escena con claridad?

—Sí.

—¿Y no había nadie en lo alto de la torre?

—Nadie.

—Vamos a comprobarlo —dijo el policía.

—¿Cómo piensa hacerlo? La lluvia puede haber borrado las huellas.

—De todas formas, algo encontraré. Síganme si quieren. Un agente se quedará junto al cadáver.

En efecto, un gendarme permaneció junto a la muchacha muerta, aunque maldita la gracia que debía hacerle. Los tres hombres y Lorna pasaron al interior de la casa, mientras que la sirvienta parecida al ama de llaves de Drácula permanecía junto a la puerta sin que sus ojos reflejaran la menor emoción, como si en su cerebro hubiese algo que estuviera más allá de este mundo.

La casa estaba amueblada con piezas que tenían siglos de antigüedad y que se usaban muy poco. La vida» por lo visto, se hacía en unas cuantas habitaciones confortables que ocupaban el ala meridional de la mansión. Bastantes muebles, panoplias y armas hubieran servido perfectamente para un museo de la historia de Francia.

Las escaleras que subían hasta lo alto de la torre eran altas y viejas. Recordaban a las de las torres de Notre Dame de París, pero había en ellas algo mucho más escondido, misterioso y siniestro.

Aunque maldita sea si Bernier pensó en esto. Como Lorna iba delante, le podía ver las magníficas piernas a cada movimiento.

Cuando llegaron a la puerta que daba acceso a la parte exterior de la torre, ella hizo girar el pesado picaporte, pero la enorme hoja de madera reforzada con nervios de hierro no cedió.

—La han cerrado desde fuera —dijo.

Bernier susurró:

—¿Puede hacerse?

—Desde luego, si Nelly tenía la llave.

—¿Entonces nadie pudo estar en la torre con ella?

—En apariencia, no.

—Caso de haber pasado alguien más, junto con Nelly, a lo alto de la torre, estaría aún ahí —musitó Lorna con un hilo de voz—. Como se ve, la puerta aparece cerrada por fuera y por lo tanto no puede haber escapado por estas escaleras. Tampoco puede haber volado. No se puede descender de esa torre más que... más que haciendo lo que ha hecho Nelly. Cayendo...

Bernier musitó:

—Espere.

Como buen comisario de policía, con muchos años ya en el oficio, conocía todos los recursos de los ladrones. Por lo tanto sacó de uno de sus bolsillos un estuche donde había varias ganzúas y eligió la más idónea. Un par de minutos de manipulación le bastaron para forzar aquella cerradura que no tenía más secreto que su propia vejez.

Entonces pudieron ver la parte alta de la torre, con las almenas.

Los rayos seguían iluminándola.

Su soledad resultaba tan tétrica como la de un cementerio.

No había nadie.

Bernier se pasó una mano por la frente mientras musitaba:

—Está muy claro. Suicidio. No había nadie con ella cuando saltó.

La llave estaba en la cerradura, puesta desde fuera. La propia Nelly había cerrado a su espalda antes de saltar al vacío.

Lorna cerró un momento los ojos.

—¿Pero suicidio por qué? —preguntó Caen, como si hablara consigo mismo—. Yo no la había visto nunca, pero era una chica demasiado joven para..

No terminó la frase.

La voz que llegó entonces desde un recodo de las escaleras dijo en un susurro:

—La cosa está clara, comisario. Claro que se ha suicidado. Se ha quitado la vida porque ya no podía más. Se ha matado *POR MIEDO*.

* * *

Los hombres que estaban en la habitación, junto a Aline, ni siquiera dirigieron un vistazo a los dos cadáveres. El de Paul quedó en el suelo, mientras el de la niña permanecía en la cama con los ojos espantosamente abiertos.

Pero eso ya no les importaba. Toda su atención estaba concentrada en la maleta que había quedado a un lado de la habitación.

El que antes sacó la pistola dijo:

—Ábrela, Bob.

Bob obedeció, después de poner la maleta sobre la cama. La cerradura era de combinación y daba un poco de trabajo, pero el experto que la manejaba tuvo pocos problemas con ella. Tres minutos después ya había podido alzar la tapa.

Y entonces lo vieron todos.

Francos suizos. Montañas de francos suizos. Fajos de billetes de a cíen que representaban una fabulosa fortuna.

Ningún atraco a ningún Banco del país podía haber proporcionado un botín semejante.

Aline murmuró:

—¿Cuánto puede haber?

—Al cambio actual, unos sesenta millones de francos franceses.

Todos lanzaron un silbido a la vez.

Era el mejor golpe de sus vidas.

Aline musitó:

—Jean...

Se había dirigido al que antes sacó la pistola con la que fue liquidado Paul. Al que parecía dirigir el grupo.

—Perfecto, Aline —dijo éste—. Has estado muy bien. Tu papel, desde que empezaste este trabajo, ha sido de lo más meritorio.

—No resulta tan difícil —dijo ella—. Tengo mis armas.

—Y las has usado a la perfección. También lo de la niña ha sido un trabajo limpio.

Aline miró el cadáver de Marie sin la menor emoción. Estaba claro que por detrás de sus ojos helados no pasaba ningún sentimiento. Rodeó la cama y susurró:

—Cuando él me ha llamado, no había tenido tiempo de desprenderse aún de la maleta. Media hora no le daba margen para eso. Entonces le he dicho que su hija estaba muy mal, y no ha pensado más que en venir. Lo de la entrega del dinero ha sido a partir de entonces una cosa secundaria para él. No pensaba más que en llegar aquí.

Miró fugazmente su reloj y añadió:

—Por otra parte, convenía que encontrara a su hija muerta al llegar. De ese modo se derrumbaría por completo y vosotros podríais actuar con la mayor tranquilidad. Todo ha resultado perfecto. A Paul no le importaba morir.

—Lo único que falta ahora —dijo Jean— es que la policía crea que, en un ataque de locura, ha matado a su hija y luego se ha disparado un tiro. Nadie nos ha visto entrar ni nos verá salir, y nadie le ha oído tampoco llamarte puesto que te ha telefoneado desde una cabina pública. Borraremos hasta la menor huella, nos llevaremos las colillas de tus cigarrillos y haremos la cama. Por otra parte, la pistola se la ha disparado realmente él, según podrá comprobar la policía en seguida. Y además era suya legalmente.

Tenía licencia.

—Y tan legalmente —dijo Aline con sarcasmo—. Se la quité yo misma hace una semana, pero no se dio ni cuenta.

Jean dio una vuelta por la habitación para examinar el panorama desde la perspectiva de los policías que no tardarían en llegar. Todo debió parecerle satisfactorio porque murmuró:

—Los de la Süreté averiguarán algunas cosas sobre Paul cuando empiecen a hurgar en su vida, pero tenemos la suerte de que el Ministerio de Asuntos Exteriores francés procurará echar tierra al asunto e incluso procurará que no se hable del dinero desaparecido. La policía averiguará, por ejemplo, que Paul no se llamaba Paul, sino Richard Alién. Averiguará que no ejercía de abogado realmente, sino que era un agente especial de los servicios diplomáticos franceses. En calidad de tal, había transportado a veces grandes cantidades de dinero y había hecho trabajos secretos de esos que nunca aparecen en la prensa. Por ejemplo, había pagado sobornos por cuenta del Gobierno.

Empezó a limpiar cuidadosamente con un pañuelo todos los pomos de las puertas y mientras tanto siguió:

—Esta enorme suma de francos suizos que ahora tenemos en nuestro poder era un soborno para determinados políticos de la Organización de la Unidad Africana, a fin de que voten en favor de los intereses comerciales de Francia. Por descontado que sólo unas pocas personas del Gobierno sabían eso. Y para evitar un escándalo periodístico, pues «oficialmente» Francia no soborna a nadie, procurarán que lo del robo no se mencione en ninguna parte. Todo

podría quedar como un ataque de locura de ese pobre tipejo. Un cuarto de columna en los periódicos y en paz.

—Lo cual nos favorece —dijo Michel, otro de los intrusos.

—Claro que nos favorece. Precisamente por eso ideamos el golpe, que va a ser el más perfecto de nuestra vida. Podemos retirarnos tranquilamente con el dinero... ¡y a vivir!

Lanzó una brusca carcajada, porque para él todo era perfecto. Una brusca carcajada que pareció rebotar cruelmente en los ojos abiertos de la niña.

Nadie se acordaba de ella.

Nadie se acordaba ya de los dos muertos.

Pero tuvo que ser Aline, la más astuta de todos, la que susurró:

—Hay algo en lo que no habéis pensado, amigos. Yo conozco un poco el mundo en que se desenvolvía Paul y sé lo que me digo.

Toaos la miraron. Hubo un brillo receloso en los ojos de Jean.

—¿Qué pasa? —masculló—. ¿Problemas?

—Sólo uno. La policía francesa dará carpetazo al asunto y lo juzgará como uno de esos casos de enajenación mental que se dan en todas las grandes ciudades. Hasta pensará que Paul estaba desesperado porque su mujer nacía gestiones para quitarle a la hija. Pero el servicio secreto francés conocerá perfectamente que hay algo más. Lo primero que se preguntará es dónde ha ido a parar la maleta con el dinero.

Bob cabeceó afirmativamente.

Él era el más inteligente del grupo. También se había dado cuenta de eso.

—Harán gestiones entre los diplomáticos a los que había que sobornar —siguió explicando Aline—, y pronto se darán cuenta de que ninguno de ellos ha recibido un franco. Entonces pensarán que alguien se ha quedado con la pasta, y que ese alguien es el que ha provocado la muerte de la niña y el «suicidio» de Paul. Consecuencia: la policía quizá archive el asunto, pero el servicio secreto no. La verdad es que no habíamos pensado en eso. Y los hombres del servicio secreto son mucho más temibles que la policía, porque no se atienden a ninguna norma legal. Actúan con nombres falsos, practican los registros sin orden judicial, hacen desaparecer un cadáver si conviene y pringan a un tío con la misma facilidad con que encienden un cigarrillo. Esa será la gente que nos va a perseguir a partir de ahora. Por lo tanto creo que debemos modificar nuestro primer proyecto de quedarnos en París; sería demasiado peligroso.

Las palabras de Aline, aunque fueron pronunciadas con voz tranquila, cayeron como losas sobre los hombres que la escuchaban en silencio. La verdad fue que, cuando planearon aquel golpe, habían pensado en la policía normal, pero no en la «policía paralela». Y si el servicio secreto se ponía a investigar sobre la muerte de Richard Alién, el falso Paul, no se sabía adónde podría llegar.

Jean hizo de pronto un gesto de decisión.

—Nos iremos de París y nos retiraremos de la circulación una temporada

—dijo—. Hay que buscar un sitio escondido donde no llamemos la atención de nadie. Tenemos la suerte de que los hombres del servicio secreto no nos conocen para nada y pensarán al principio que esto es una especie de «crimen diplomático», por lo que investigarán en otras direcciones. Si estamos escondidos un par de semanas y no cometemos ninguna imprudencia, no nos atraparán.

Todos asintieron en silencio.

El plan estaba decidido. Ahora sólo faltaban los detalles, como por ejemplo eliminar todas las huellas de las habitaciones.

Jean murmuró:

—Adelante...

* * *

—Se ha matado *POR MIEDO* —repitió la voz—; un miedo insuperable que ningún ser humano hubiera resistido. Un miedo que le devoraba las entrañas...

Todos los que estaban en la parte exterior del torreón miraron hacia la puerta que comunicaba con las escaleras de piedra. Y todos tuvieron el mismo inexplicable estremecimiento, quizá porque otro rayo cruzó entonces el paisaje, dando a éste la apariencia de un escenario macabro.

El inspector Bernier vio a la que acababa de hablar.

Era la señora Malon, la más antigua sirvienta de la casa. La que él llamaba «el ama de llaves de Drácula».

Y la verdad es que lo parecía.

El rostro de la señora Malon estaba atravesado por una luz verdosa. Sus ojos brillaban hostilmente en la penumbra. Sus manos sarmentosas estaban ahora crispadas en el aire.

Vestía como una mujer de otra época. Daba la sensación de una figura surgida del fondo de los siglos.

—¿Por qué? —Preguntó el policía—. ¿Puede saberse qué es lo que le causó ese miedo? ¿O está hablando en broma?

—Jamás hablé tan en serio comisario. Nelly sabía perfectamente que la maldición la estaba envolviendo ya.

—¿Qué maldición? ¿Sabe que está hablando de cosas que no tienen sentido?

—Quizá no, comisario, pero al menos admitirá que Nelly se ha suicidado.

—Eso es evidente.

—Y se ha suicidado por algo.

—También es evidente —gruñó Bernier—. Maldita vieja, ¿adónde quiere ir a parar?

—A las causas de su muerte. Usted es de la comarca y debiera conocer la maldición de los Reuben.

—¿Qué maldición es ésa?

—El espíritu de Lorna Reuben.

El nombre había sido pronunciado con una voz espectral, que parecía surgida del fondo de los abismos, mientras otro rayo cruzaba el horizonte.

Bernier volvió la cabeza.

Tuvo un estremecimiento.

—Lorna Reuben está aquí —dijo con expresión que trataba de ser normal —. Es la dueña de esta casa.

Y miró la fantástica figura de la chica que estaba ante él. La verdad era que ligar a Lorna Reuben con alguna maldición era algo así como una historia de locos, porque la hembra estaba no para ilustrar una historia de horror, sino para ilustrar una revista «porno». Imaginarse a aquella chica desnuda era una pura delicia que nada tenía que ver con la muerte, ni con la brujería, ni con...

Pero la voz cavernosa de la señora Malon cortó sus pensamientos entonces.

—No me refiero a ella —dijo—, sino a su antepasada del mismo nombre. La diabólica Lorna Reuben de la que se dice que mató a más de cincuenta mujeres en esta comarca, especialmente doncellas. Aseguran que lo mismo le importaba perseguir a un hombre que a una mujer, siempre y cuando luego pudiera darles muerte.

—Oí esa historia de la Edad Media —dijo Bernier—. Tonterías.

—¿También es una tontería el hecho de que no se haya encontrado nunca la tumba de Lorna Reuben?

—Está en el cementerio comarcal —dijo Bernier—. Todo el mundo sabe eso.

—Y todo el mundo sabe, comisario, incluso usted, que hace unos años se abrieron algunas tumbas debido a una reforma municipal, y la de Lorna Reuben estaba completamente vacía.

—Como están vacías las tumbas de los faraones de Egipto. Alguien debió profanar ese sepulcro. ¡Maldita sea! ¡Si ahora ya no se respeta nada! ¡Si ha sido robado incluso el cadáver de Charlot! ¿Que imaginaba?

—No, comisario —dijo la voz espectral de la señora Malon—. Usted so equivoca. La tumba de Lorna Reuben nunca estuvo allí.

—¿Pues dónde?

—Está en el interior de esta casa.

Nuevamente un rayo cruzó el horizonte. Pareció como si la siniestra voz quedara flotando en el aire. Todos los que estaban allí sintieron instintivamente, como algo misterioso, el soplo del Más Allá.

La señora Malon continuó:

—Dice la leyenda que la maldición se cumplirá cuando a la vez se cumplan dos condiciones.

—¿Dos condiciones? ¿Cuáles?

—La primera de ellas es que la tumba de Lorna Reuben aparezca. Eso es algo que mucha gente ha oído decir, porque la leyenda se transmite de padres a hijos. Usted también ha debido oírlo, comisario.

—Cierto... A las viejas que se reúnen en invierno alrededor del fuego,

cuando no tienen nada que hacer.

—Las viejas dicen grandes verdades, comisario... Porque ellas vivieron el pasado. Bueno, ahora ya conoce bien la primera condición.

—¿Cuál es la segunda?

—Lo dicen los antiguos libros. Aquí había uno que con los años fue a parar a la Biblioteca Nacional de París. Puede consultarlo.

—No tengo tiempo para consultar esas tonterías. Dígame lo que sea, condenada vieja.

La voz de la señora Malon dijo lúgubremente:

—La segunda condición es que la luna esté en la tierra.

—¿Queeeé?...

—Lo ha oído muy bien: que la luna esté en la tierra.

—Déjese de tonterías. Nadie podría tomarse en serio una barbaridad semejante.

—Cierto. Nunca fue tomada en serio, y sin embargo...

—¿Sin embargo, qué?...

—Nada, comisario Bernier. Es usted quien debe sacar sus propias conclusiones. Yo me limito a recordarle las verdades que hay en el fondo del pasado. Es todo lo que le puedo decir.

Y volvió la espalda silenciosamente.

Se perdió de nuevo entre las sombras. El rayo cruzó una vez más el horizonte mientras ella desaparecía.

Y todos los cristales de la enorme mansión vibraron. Las ventanas, más allá de las tinieblas, se llenaron de sórdidas siluetas.

CAPITULO III
LA TUMBA

Era Aline la que conducía, quizá porque conservaba los nervios más fríos que sus compañeros. A través del parabrisas, estaba haciendo esfuerzos para distinguir bien la carretera a través de las ráfagas de lluvia.

—Menuda nochecita! —Gruñó— ¡No se ve nada!

—Será mejor que no nos alejemos demasiado. Hay que encontrar algún refugio por esta maldita zona —refunfuñó Michel.

—Sí, pero ¿dónde? Esto es aún la Ille de France. Estamos demasiado cerca de París.

—Mejor. Cualquier sitio es bueno para esconderse si sabemos elegirlo bien. Eh, Aline..., ¿dónde te metes?

Ella había tomado inadvertidamente un camino de tierra. El coche se había puesto a bailar bruscamente.

—He querido salirme de la carretera principal —dijo—, y no sé dónde estoy.

—¡Pues podrías tener más cuidado! —Refunfuñó Jean, el jefe del grupo—. ¡Esto no lleva a ninguna parte!

—Sí que lleva a algún sitio. No deja de ser un camino. Malditos sean vuestros huesos.

En efecto, un rayo lo iluminó de nuevo. Era un camino tortuoso, apto solamente para que pasaran por él carros y diligencias, pero que curiosamente conservaba las huellas recientes de unos neumáticos. Eso lo pudieron ver bien. Por lo tanto aquella ruta, que serpenteaba entre colinas boscosas, llevaba a algún sitio.

—Es imposible que por aquí haya controles —dijo Aline—. Voy a seguir.

Entre saltos que amenazaban a cada momento volcar el coche, llegaron a lo alto de la colina. Como sólo encendían los faros a ratos, aquello había sido un suplicio, al no saber dónde metían las ruedas. Pero de pronto se dieron cuenta de que llegaban a un terreno cuidado y liso.

Al fondo había una casa. Era una auténtica construcción medieval, a la que no le faltaba ni la torre del homenaje.

Aline pisó el freno.

—¡Menudo castillo de fantasmas! —dijo—. ¡Parece de cine!

—Sí —gruñó Jean—, de cine de horror.

—De todos modos, puede ser un sitio excelente para escondernos. Seguro que por aquí no se dejan caer los gendarmes nunca.

Y apagó los faros del todo para acercarse en primera, lenta y cautelosamente.

* * *

Caen fue el que dijo con voz temblorosa:

—Todo esto no me gusta. El señor Prevost y yo hemos venido en misión oficial, pero ahora no veo motivo para que sigamos aquí. Se ha producido una muerte y usted tendrá que investigar, comisario Bernier, de modo que nos vamos.

—¿Con esta noche? —Preguntó Lorna—. No sé si ha olvidado ya que los caminos que llevan hasta aquí son pésimos, y la lluvia los habrá puesto imposibles. Yo creo que deberían quedarse a dormir en la casa.

—No quisiéramos causarle molestias —dijo Prevost.

—¿Molestias? Ninguna... Aquí sólo vivimos mi sobrina y yo, de modo que sobran habitaciones. La señora Malon les preparará algo de cenar.

—Me... me temo que no voy a tener apetito en un mes —rezongó Caen.

—No hagan caso de la señora Malon. Su padre fue una especie de historiador oficial de esta comarca, y por eso ella conoce todas las viejas leyendas. Cuando uno la oye hablar parece a ratos un ser del otro mundo, pero es una buena mujer. Si se quedan, verán que esta casa es tan normal como cualquier otra.

Bernier se encogió de hombros.

—Creo que Lorna tiene razón —dijo a los otros—. Por mi parte me he de quedar para seguir las investigaciones. Llamaré por teléfono pidiendo que venga el forense y unos cuantos hombres más.

Y fue a la enorme biblioteca, donde estaba el aparato.

Era un trasto antiguo que unía la mansión de los

Reuben con el resto del mundo, pues de lo contrario allí se hubiera vivido como en la Edad Media, a pesar de que a la enorme casa llegara algún automóvil de cuando en cuando.

Pero, de pronto, el comisario hizo un gesto de extrañeza.

—No lo entiendo —murmuró.

—¿Qué pasa?

—La línea está cortada. No da señal.

—Ha debido ser la lluvia —dijo Caen con un hilo de voz.

—No lo creo —silabeó Lorna—. Nunca había ocurrido, ni en las peores tormentas.

—Pues, entonces..., ¿qué sucede?

La voz de la señora Malon, «el ama de llaves de Drácula», volvió a sonar entonces como una premonición:

—Les hablé de la maldición y no me creyeron —susurró—, pero aquí tiene la primera prueba.

—Tonterías. ¿Qué tiene que ver la maldición con el teléfono?

Y colgó porque sabía que iba a ser inútil llamar aquella noche. Pero Prevost hizo entonces un gesto de impaciencia.

—No debemos permanecer en este lado de la casa —dijo.

—Es el peor conservado. Hay bastantes grietas, y si cayera directamente un rayo podría derrumbarse la pared. Cuando el Estado se haga cargo de esta

casa, tendrá que gastar bastante en reparaciones, aunque valga la pena.

El comisario Bernier asintió, pero lodos se dieron cuenta de que estaba muy pálido. Eso de sentirse aislado en aquella especie de tumba gigantesca le ponía irremediablemente nervioso.

—Salgamos —dijo.

Y, en aquel momento, el rayó cayó.

Fue como si estallara una bomba dentro de la casa, porque dos de las paredes que estaban cubiertas de grietas se derrumbaron entre el fragor horrísono del trueno. Toda una parte de los ventanales de la biblioteca se esfumó como tragada por la noche.

La lívida luz que parecía llegada del otro mundo les envolvió. Aunque no recibieron de lleno la descarga eléctrica, pareció como si el aire que les rodeaba cambiase de sitio. Se produjo en sus pulmones un terrible vacío y sus pies se separaron del suelo por unos momentos. Cuando el trueno les aplastó con su bramido, ninguno de ellos pudo evitar la sensación de que iba a morir.

Pero todo pasó en un instante. Las luces de la casa no se habían apagado, y eso les devolvió la serenidad. Pasado el primer momento de estupor, todos miraron atónitos en torno suyo, como si no entendieran nada, como si estuviesen saliendo de su propia tumba.

Y entonces vieron que una de las paredes exteriores de la biblioteca se había derrumbado, aplastando con su peso un tabique situado algo más allá. Y el tabique, al desaparecer, dejó al descubierto un hueco en la arquitectura del edificio.

Un hueco no tocado durante siglos y en el que había... ¡una tumba!

* * *

El soplo del Más Allá envolvió por unos momentos a todos los reunidos. De pronto les pareció como si estuvieran entrando en otro mundo y como si nada de lo que sucedía fuera realidad. Como si estuvieran viviendo una maldita pesadilla, de la que en cualquier momento iban a despertar.

Pero aquello no era una pesadilla, sino una realidad sórdida. Todos fueron reaccionando poco a poco, aunque sin atreverse aún a avanzar hacia aquel recinto secreto que la casualidad del rayo había dejado al descubierto, como la llamada del destino.

Bernier fue el primero en recuperar la palabra.

—¿Qué es esto, Lorna? —preguntó—. Usted es la dueña de esta casa. Usted tiene que saberlo.

Lorna vaciló.

—No lo entiendo —dijo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—jamás sospeché que aquí hubiera una tumba.

—Estas viejas casas están llenas de misterios —gruñó Caen—. ¡Si lo sabré yo! Los planos que un día hicieron los arquitectos, y que se conservan en las

oficinas municipales, son una cosa, pero la realidad es otra. En esta clase de edificios hay pasillos y habitaciones secretas que no figuran en ningún plano, pero que los dueños conocen. Sin embargo, esto es distinto. No imaginaba que., que aquí hubiera una tumba. Parece imposible.

Lorna insistió:

—Yo tampoco lo sabía.

—Pues debe de ser muy antigua —opinó Prevost, que entendía de aquellas cosas—. Hace bastantes siglos que no se construye este tipo de ataúdes. Además, hay pequeñas estalactitas a causa de las filtraciones de agua. No, esto no es una trampa ni un golpe de teatro... Tenemos ante nosotros una tumba auténtica y que no había sido abierta en bastantes siglos. Ahora lo que falta saber es a quién demonios corresponde. Conocen lo que hay dentro del ataúd.

La voz helada de la señora Malon bisbiseó:

—Yo lo sé.

Todos se volvieron hacia ella.

—¿Qué es lo que sabe, señora Malon? —bisbiseó el comisario.

—Ya les dije que la maldición empezaría a ser una realidad cuando apareciese la tumba.

—¿Pero la tumba de quién?

—Lo saben perfectamente. La de Lorna Reuben, la legendaria asesina. La tienen ante los ojos.

Y fue ella la que avanzó hacia el interior.

Era la única que no parecía sentir miedo, la única familiarizada con aquel extraño mundo.

Parecía un espectro.

De pronto, movió las pesadas argollas que cerraban la tapa y alzó ésta haciendo un esfuerzo.

Todos pudieron ver entonces el cadáver incorrupto.

Todos pudieron ver la cara que se conservaba a través de los siglos. La cara de Lorna Reuben.

CAPITULO IV
MALDITOS LOS QUE VIVIS

Lanzaron un grito de asombro.

No, esta vez no fue un grito de miedo, sino de sorpresa y casi de estupor. Porque la Lorna Reuben que estaba en la tumba desde siglos antes... ¡era la misma que antes había hablado con ellos! ¡La que se encontraba allí! ¡La Lorna Reuben actual dueña de la casa!

¡La misma!

Incluso tuvieron en el primer instante la sensación de que aquello no era verdad, de que se habían alucinado.

Fue el comisario Bernier el que las miró a las dos, la viva y la muerta, y susurró haciendo un esfuerzo:

—El parecido es... asombroso.

—Nada tiene de particular —dijo Lorna, la actual dueña de la casa, con una extraña serenidad—. Esa mujer que ven ahí es antepasada mía en línea recta.

—Pero el cadáver no se ha descompuesto..

—Eso sí que no me lo explico —dijo Lorna con un hilo de voz, como si de pronto el miedo penetrase en ella por primera vez.

Se produjo un brusco silencio, pero la señora Malon fue la primera en romperlo. Ella era la única que tenía respuesta para todo, como si recibiese la inspiración de una voz que llegaba desde el fondo del tiempo.

—La maldición dice que el cadáver aparecería incorrupto —dijo—, y ya ven que ha aparecido. Yo tenía razón.

—Mandangas —masculló Caen—. En primer lugar, seguro que el cuerpo está embalsamado, y en segundo lugar, la humedad del lugar ha conservado la tersura de la piel. Por eso nos parece como si acabara de morir.

La oscura mujer pareció no oírle. Su voz pareció profética cuando cruzó la estancia al decir:

—La primera parte de la maldición ya se ha cumplido. Todos lo han visto. Y la segunda se cumplió hace tiempo.

Los rostros giraron poco a poco hacia la vieja. La palidez los había invadido como si los cubriese una pátina de cera.

—¿Qué parte de la maldición? —gruñó Bernier.

—Decía que todo empezaría a ocurrir cuando la luna llegase a la tierra. Se lo he explicado antes.

—Claro, pero... ¡pero eso es absurdo! ¡No ocurrirá nunca! ¡Si alguna vez la luna llega a la tierra se producirá una catástrofe sideral, el mundo desaparecerá y poco nos importarán las maldiciones, cochina vieja!

«El ama de llaves de Drácula» no se ofendió por el insulto. Su voz siguió siendo impasible al decir:

—La luna ya ha llegado a la tierra.

—¿Pero de qué tonterías está hablando, cochina vieja?

—La luna llegó a la tierra hace nueve años, en 1969.

—¡Absurdo!

—No tan absurdo —dijo Lorna Reuben.

Todos se volvieron a mirarla. En aquella especie de clima de pesadilla pareció como si su voz fuese la voz de la razón. Con el mismo sosiego de antes, ella continuó:

—En el año 1969, el hombre puso el pie en la luna. Una serie de muestras, piedras y polvo de nuestro satélite fueron traídas a la Tierra y están custodiadas en una sección especial de la NASA en Houston, Texas. Es decir, puede afirmarse perfectamente que la luna ya está en la tierra.

Todos respiraron hondamente y casi al mismo tiempo, como si hubieran estado conteniendo el aliento hasta entonces. De pronto se dieron cuenta de que Lorna Reuben decía la verdad. La palidez de sus rostros se intensificó mientras otra vez volvía a rodearles la lividez del rayo.

—Salgamos de aquí —musitó de pronto Lorna—. Por Dios, salgamos de aquí.

Ella, la única que conocía bien aquel ambiente, parecía de pronto la más alterada de todos. Señaló la puerta.

Todos fueron saliendo poco a poco, con la oscura sensación de que estaban prisioneros en la casa. En efecto, con el teléfono cortado no podían comunicarse con nadie, y además la noche de todos los diablos que estaba haciendo les impedía moverse de allí, a menos que quisieran desplomarse por cualquier barrancada.

Bernier quiso animar el ambiente diciendo:

—Bueno, de todos modos no se preocupen... ¡está aquí la policía! Hasta que amanezca estarán todos bien acompañados, no se preocupen.

Y lanzó una carcajada para animar el ambiente. No se quería dejar vencer por todas aquellas supersticiones.

—¿Qué habitación puedo ocupar por esta noche? —preguntó.

—La segunda del torreón —dijo Lorna Reuben—. Es muy cómoda. A los demás les instalaré yo misma; por favor, síganme.

El comisario Bernier se quedó solo, pero eso tenía poca importancia para él. Dirigió una mirada de soslayo a la mujer metida en el ataúd, hizo una mueca y subió a la habitación que le habían indicado. Pensó que le convenía descansar para a la mañana siguiente, con luz, iniciar en serio las investigaciones.

Avanzó por el pasillo, lleno a ambos lados de puertas cerradas. Las luces de la tormenta eran visibles a través de la ventana del fondo y el trueno se oía en la lejanía, pero de no ser por eso todo hubiera estado silencioso como un cementerio.

Una puerta se abrió de repente.

Y Bernier oyó el «tlac, tlac» de la hoja de madera como si aquello fuese una alucinación.

Mecánicamente llevó la derecha a la funda axilar, pero en seguida la retiró. Con aquella maldita bruja no corría peligro alguno.

Aquella condenada señora Malon parecía estar en todas partes y salir de todas partes. Ni que flotase en el aire.

Con voz espesa balbuceó:

—Usted no conoce la historia de los Reuben, comisario.

—Tampoco me interesa demasiado conocerla. ¿De dónde sale usted? ¿No estaba hace poco en el otro lado de la casa?

—Sí, pero la conozco mejor que nadie. Sé llegar a todas partes sin que me vean.

—¡Pues procure quitarse de mi vista! ¡Me pone nervioso!

—Todos acabarán estando muy nerviosos aquí, comisario, tan nerviosos que chillarán de horror.

—¿Es que no voy a tener más remedio que aguantar todas esas sandeces? ¿Por qué no se calla?

La señora Malon dijo con un hilo de voz:

—Sé que usted me odia, comisario, pero lo único que trato de hacer es ayudarle.

—Puedo ayudarme yo mismo. Ya soy mayorcito.

—No, no podrá hacerlo si no conoce bien el terreno en que se mueve. Ahora ya tiene motivos para convencerse de que se va a cumplir la maldición de los Reuben. ¿Pero sabe en qué consiste?

—No me interesa.

—El alma de Lorna Reuben, la mujer a la que acaban de ver muerta, pasará a otra persona de la casa.

—¿Y qué?

—¿Lo pregunta con esa Indiferencia? ¿Ha olvidado ya que Lorna Reuben fue una temible asesina?

El viejo Bernier se estremeció de nuevo. Todo aquello le crispaba los nervios, no podía evitarlo. Y no podía evitar tampoco sentir un escalofrío, como si el miedo se fuera metiendo sutilmente en el fondo de su cuerpo. Se dio cuenta de que llegaría un momento en que aquel miedo misterioso no podría dominarlo.

—¿En qué persona de la casa? —murmuró.

—No sé... Cualquiera. Podría ser usted mismo, comisario.

—No diga tonterías, sucia bruja.

—¿Me llama sucia bruja porque conozco muy bien la historia de esta casa y lo que va a pasar en ella? Pues oiga otra cosa, Bernier: la historia dice que la noche del paralitico será la noche de la sangre.

Bernier estuvo a punto de lanzar una maldición. Ya había oído demasiadas cosas. Pero antes de enviar al infierno a aquella vieja, la curiosidad le movió a hacer una última pregunta:

—¿La noche del paralítico? —balbuceó.

—Sí. Un paralítico se moverá por esta casa.

—¿Se da cuenta de lo absurdo que es lo que está diciendo? Precisamente los paralíticos son los únicos que no se mueven.

—Este se moverá, comisario. Y tenga cuidado cuando lo vea o lo oiga porque entonces es seguro que habrá llegado la noche de la sangre.

Cerró la puerta y volvió a desaparecer.

Seguía moviéndose con el sigilo de un fantasma.

Bernier se encogió de hombros, porque estaba decidido a olvidar todo aquello, y al fin se metió en la habitación que le habían asignado. Un suspiro de alivio escapó de sus labios al encontrarse en aquel ambiente.

No podía negarse que era un ambiente envidiable. La habitación estaba amueblada con el mejor gusto y resultaba muy moderna. La combinación de lo antiguo con los muebles funcionales de calidad, ofrecía un contraste que gustaba a Bernier. Este se sintió inmediatamente mejor mientras empezaba a disiparse la sensación de misterio que hasta entonces le había envuelto.

Menos mal que la luz seguía funcionando, y todos los aparatos eléctricos también. Por ejemplo, podía tomarse una ducha bien caliente antes de irse a dormir. Eso le sentaría muy bien para los nervios. Descansaría como un lirón, y al día siguiente... ¡a trabajar!

Empezó a desnudarse.

Había resuelto tratar aquel caso como un caso más. Al fin y al cabo, era un vulgar suicidio.

Y de pronto aguzó el oído.

¿Qué demonios era aquello?

¿Estaba soñando?

¿O se trataba tal vez del ruido de... de una silla de ruedas?...

* * *

El comisario volvió a recordar inevitablemente las palabras de la señora Malon sobre «la noche del paralítico», y tuvo un estremecimiento mientras avanzaba hacia la puerta. Porque ahora oía el siseo de las ruedas muy bien, como si lo tuviese al otro lado de la hoja de madera.

Con la pistola en la mano, la abrió bruscamente.

Quizá era ridículo eso de usar el arma, pero no había podido evitarlo. Estaba perdiendo los nervios otra vez.

Miró hacia la penumbra del pasillo.

Y nada. Se enfrentó a la soledad y al vacío. Ni silla de ruedas ni madre que la parió. Todo aquello estaba desierto.

Lanzó un suspiro.

«Empiezo a sufrir alucinaciones», murmuró.

Y volvió a cerrar mientras acababa de desnudarse.

Fue hacia la ducha.

Antes de meterse bajo ella le pareció oír otra vez el leve ruido producido por una silla de inválido, pero al final se encogió de hombros y decidió

olvidarlo. No estaba para más alucinaciones ahora;

El agua caliente le entonó. Con los ojos cerrados, la recibió en la cara en una especie de éxtasis.

El agua golpeaba en la cortinilla de plástico al rebotar desde su cuerpo.

Era un ruido sordo y confortable.

Bernier abrió los ojos de pronto.

Le parecía haber oído un ruido distinto.

Miró hacia las cortinillas y entonces se estremeció. Porque hubiese jurado que una silueta venía hacia él. Una silueta que... ¡usaba falda!

Bernier intentó correr la cortinilla.

Bruscamente, una expresión de alarma se dibujó en su rostro. De su garganta escapó un gruñido.

No entendía nada.

Y ya no llegó a entenderlo.

Entró con música en la eternidad.

Todo su cuerpo chocó aterrado contra las paredes al darse cuenta de que el agua de la ducha se mezclaba con la sangre.

El cuarto de baño dio una vuelta de campana en torno suyo.

Y el largo cuchillo que había atravesado las cortinas del baño volvió a moverse otra vez. Y otra... ¡y otra!

La sangre llenaba a raudales la bañera.

Bernier había caído de bruces.

Con la mirada desencajada y los ojos muy abiertos. Con las manos crispadas tratando de asirse a algo que no existía. Con las facciones rotas.

La silueta se retiró poco a poco. Fue pasible ver por un momento la forma de la falda al deslizarse más allá de la cortina. Luego se hizo el silencio sólo roto por el fragor del agua de la ducha.

Esta siguió cayendo a chorro, mezclándose con la sangre.

CAPITULO V
MANOS EN LA SOMBRA

Fue Lorna Reuben la que se dio cuenta de que algo marchaba mal, y precisamente a causa del agua. Como la casa era enorme, existía un indicador ligado al termo, el cual señalaba si había un escape en alguna de las habitaciones.

Por casualidad pudo ver que el agua caliente se estaba gastando inútilmente en la habitación asignada a Bernier. Y temiendo que todo aquello acabara inundándose, se dirigió hacia allí.

El pasillo parecía el paseo de un cementerio, pero eso no la impresionó porque estaba habituada a vivir en la casa. Ni se fijó tan siquiera.

Llamó con los nudillos a la puerta.

—¡Comisario Bernier!

Hubo un completo silencio, sólo roto por un rumor que uno acababa por no oír: el rumor del agua cayendo insistentemente más allá de la puerta.

—¡Comisario Bernier! —repitió.

Como no le contestaban, la muchacha hizo girar el picaporte. Vio que la puerta cedía porque no estaba cerrada con llave.

Y encontró unas cuantas prendas de vestir tiradas por el suelo.

Notando una sensación espesa en la boca, fue hacia el cuarto de baño.

Y entonces abogó un grito de horror.

Nunca se había encontrado ante un espectáculo semejante.

La sangre aún no había terminado de irse por el desagüe. Lo llenaba lodo, como en un espantoso universo rojo.

La mirada perdida de Bernier parecía clavarse en ella.

Lorna Reuben retrocedió poco a poco.

No tenía fuerzas ni para gritar.

Y entonces le pareció notar un leve movimiento detrás suyo.

Fue a volverse.

Pero tampoco le quedó tiempo para eso. Porque dos manos grandes y anchas se posaron entonces con la mayor tranquilidad del mundo en la parte más comprometida de su cuerpo. Diez dedos que la palparon como se podía haber palpado a una prostituta.

Lorna quedó aterrada.

Y se volvió al mismo tiempo ciega de rabia, porque ella no era sólo una señorita, sino que tenía además orgullo de estirpe. Jamás a una Reuben le había hecho nadie una cosa así.

Y se volvió de pronto.

Pero entonces, las manos siguieron recorriéndola descaradamente.

—Preciosa... —dijo una voz—. Una chica perfecta.

Lorna miró delante suyo, sin llegar a dar crédito a sus ojos. Y entonces los vio con claridad.

Eran cinco hombres y una mujer.

La mujer era la que acaba de hablar.

Los cinco hombres vestían bien, pero con una elegancia chulapona. Tenían unas caras viscosas y unas sonrisas en las que parecía flotar algo podrido.

El que le tenía las manos encima las apretó con fuerza, haciéndola gemir de dolor.

—No... La verdad es que no esperábamos encontrar en esta mansión de Drácula una chica tan perfecta como tú —dijo—. Creo que hemos tenido una inmensa suerte. ¿Qué os parece, muchachos? ¿No pensáis lo mismo?

Lorna retrocedió hasta la pared, pero aquellas manos hostiles siguieron apretándola. Los dedos le hicieron daño.

El hombre que la tenia acorralada preguntó:

—¿Sorprendida, nena?

Lorna no tuvo fuer/as para contestar.

Se le abría y cerraba convulsamente la boca.

La terrible bofetada la envió entonces al otro lado de la habitación, mientras algo parecía estallar dentro de sus oídos, dentro de su cerebro.

La muchacha vaciló antes de caer. Casi inmediatamente después se desplomó de rodillas, quedando medio apoyada en una de las butacas y dando la espalda a aquella fantasmal cuadrilla.

El hombre que la había golpeado gritó:

—¡Cuando yo hablo se me contesta, puta! ¡Porque no eres más que una puta!

Ella intentó volverse.

No le importaba lo que pudiera suceder. Ya no tenía ni siquiera miedo. Todo su corazón vibraba de odio.

Pero de un puntapié la obligaron a estarse quieta, siempre de espaldas a sus enemigos.

Y entonces siguieron sucediendo aquellas cosas increíbles. La mujer fue la primera en sugerirlo:

—¿Qué os parece? —preguntó.

Todos miraron con ojos vidriosos y cargados de deseo las fabulosas piernas.

Uno de los desconocidos farfulló:

—Fantástica...

—Yo siempre he deseado ver por dentro a una señorita así —dijo otro.

La mujer que estaba sujetando a la asombrosa Lorna para que los hombres la admirasen hizo el elogio de lo que podían ver.

—Sí —dijo—, son unas piernas perfectas, y eso que yo entiendo. Además lleva medias clásicas.

Y empezó a bajárselas a Lorna Reuben.

Esta estaba tan asombrada que el propio asombro la impedía moverse. Jamás hubiera imaginado una situación como aquella en su propia casa, una situación tan complicada, tan absurda, tan... ¡tan imposible!

Y nuevamente la rabia la dominó.

Intentó volverse.

Pero la mujer que la sujetaba por detrás tenía una fuerza diabólica y además era una experta en karate. La inmovilizó con una hábil presa el tiempo indispensable para que uno de aquellos hombres se le lanzara encima.

Vuelta como estaba de espaldas. Lorna quedaba casi indefensa.

Todo el cuerpo de Lorna se convulsionó.

Movió la cabeza, contorsionó los hombros, mordió desesperadamente en todas direcciones, pero sin encontrar para sus dientes más presa que los almohadones con los que la estaban ahogando. Mientras tanto oyó unas brutales carcajadas al tiempo que era atacada cíe una manera salvaje.

Le golpearon en la cabeza. Petra aturdiría. Lorna perdió por un momento el mundo de vista mientras de su boca escapaba una saliva densa y amarga, parecida a un vómito.

La dejaron un momento.

Ella intentó levantarse, porque era una yegua joven y a pesar de todo le sobraban fuerzas. Pero un golpe tras las rodillas le hizo caer de nuevo en aquella humillante posición, mientras todo empezaba de nuevo.

Torturada hasta el fondo de sus nervios, hasta el fondo de su ser, Lorna Reuben chillaba como una loca.

Pero los chillidos eran ahogados por los almohadones, aunque ella no se daba cuenta, y sobre todo por el estampido de los truenos que volvían a rodear la casa. Además era inútil gritar porque ella estaba sola en aquel ala del enorme edificio.

La tortura terminó, nuevamente.

Alguien dijo, con voz opaca:

—Maravillosa...

Lorna intentó levantarse, porque temía que la tortura se reanudaría. Pero el terrible golpe propinado en los riñones, y que le dio la sensación de que le habían roto la cintura, la hizo caer otra vez. No quiso pasar por la humillación de llorar, pero le fue imposible ver nada porque sus ojos estaban materialmente teñidos en sangre.

También la sangre resbalaba por su boca, rota a golpes.

La estaban destrozando.

El último ataque fue quizá el más salvaje de todos. Parecía dirigido por una furia frenética.

La desesperación de Lorna Reuben era tan grande que ya no sentía ni dolor. Doblada sobre la butaca, destrozada física y moralmente, ya no pudo oponer resistencia aunque presentía que le esperaban aún momentos terribles.

Ya era incapaz de pensar, de sentir.

Todo aquello le seguía pareciendo imposible.

Pero... ¡pasaba! ¡Era una sórdida realidad! ¡Era una verdadera antesala del infierno!

Pero la desconocida que aún sujetaba a Lorna, dijo con voz metálica:

—¡Gasta! Vamos a quedarnos varios días aquí y esta chica puede serviros para amenizar el encierro. Pero antes necesitamos algunas informaciones.

E hizo volverse a Lorna Reuben.

Esta quedó sentada en el suelo.

Se sentía tan humillada y hundida que ni siquiera fue capaz de alzar los ojos.

La otra mujer la miró desde arriba con una expresión entre desdeñosa y admirativa, porque sin duda se daba cuenta de que era una de las hembras más perfectas que había visto jamás.

—Yo me llamo Aline —dijo— ¿Y tú?

—Lorna... Reuben.

—Celebro conocerte, Lorna. Y ya que somos grandes amigas, te presentaré a éstos: son Bob, Michel, Jean, Jacques y André. Los cinco íntimos amigos tuyos, ¿verdad?

Lorna le dirigió con todas sus fuerzas una patada al vientre, intentando clavarle en él uno de los finos tacones de sus zapatos, pero no la alcanzó. Estaba demasiado débil y además la otra supo esquivarla a tiempo.

—Más vale que no nos plantees problemas, puerca —dijo Aline—, porque será mejor para ti. Hemos venido a quedarnos, y si quieres seguir con tu bonita piel sobre los huesos, más vale que te acostumbres a la nueva situación. Al fin y al cabo, no es tan mala. Todo es cuestión de acostumbrarse.

Lorna sentía dolor en todos sus huesos, en todas sus membranas. Hundió la cabeza para que todos aquellos buitres no pudieran ser testigos de su humillación y de su llanto.

Aline siguió diciendo:

—Necesitamos unos informes y tú los vas a dar. Te conviene no mentirnos porque lo averiguaremos todo. En primer lugar debes saber que no tienes ninguna posibilidad de pedir socorro porque hemos cortado el teléfono.

—Lo... lo sospechaba.

—Y ahora vamos por partes. Ese hombre al que he matado y que se acaba de desangrar en la bañera es Bernier, ¿no?

Lorna se estremeció.

—¿Lo has matado tú? —balbuceó—. ¿Y lo dices con esa indiferencia?

—¿Cómo quieres que lo diga, chata? ¿Con música de funeral?

Los dientes de Lorna chirriaron.

—No había ninguna necesidad de matarlo —susurró—. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque era un comisario de policía y eso podía significar nuestro hundimiento, dadas las circunstancias. O él o nosotros.

—¿Cómo le conocíais?

—Porque cada oficio tiene su técnica, y el nuestro exige mucha memoria —dijo Aline con aquella misma voz de perfecta indiferencia—. Puede decirse que conocemos a todos los policías de Francia. Y a Bernier en particular porque había salido retratado en los periódicos hace poco.

Lorna balbuceó:
—Sí. Es... es cierto.
—¿Tú qué eres en esta casa?
—La dueña —bisbiseó Lorna.
—¿Quién más está contigo?
—Varios hombres armados.
—Narices. No intentes colarnos mentiras para asustamos porque sabemos muy bien que estás indefensa. Dinos quién más se oculta en esta casa, zorra.
Ella balbuceó, dándose por vencida:
—Había una institutriz llamada Nelly que se suicidó.
—¿Por qué se suicidó?
—No lo sé.
Aline no debió dar demasiada importancia a aquello, porque dijo con voz opaca:
—Sigue.
—Hay... dos funcionarios del Estado llamados Caen y Prevost. Pertenecen al Ministerio de Cultura. Han venido a hacer un inventario de esta casa porque seguramente el Estado se la quedará.
—¿Y por qué se la quedará el Estado? ¿Qué quiere instalar aquí? ¿Un asilo?
—Esta casa es la más antigua de la Ille de France —dijo Lorna sin querer mirarla—. Tiene un enorme valor histórico.
Se ovó la risita de uno de los hombres.
—Ella también tiene un enorme valor histórico —dijo—. Antes era la última mujer pura de Francia.
Lorna sintió un estremecimiento de asco y de dolor mientras hundía aún más la cabeza. Quiso moverse pero no pudo. Le seguía doliendo todo hasta lo más profundo de los huesos.
Aline cortó secamente:
—Calla, Michel, estúpido. Nos interesa saber dónde estamos porque no quiero correr riesgos inútiles. Quedamos en que hay aquí dos funcionarios del Estado. ¿Son jóvenes o viejos?
—Vicios —suspiró Lorna.
—Mejor para ellos porque así quizá se libren de morir. ¿Quién más?
—Un criado sordo y que ahora debe de estar durmiendo. Nunca se entera de nada.
—Perfecto... ¿quién más?
—El ama de llaves. Es una mujer siniestra, pero a la que tengo afecto y que me va a ser fiel hasta la muerte. Se llama señora Malon.
—¿Vieja?
—También.
Aline hizo una mueca.
—¿Quién más?
—Mi sobrina Mabel. Tiene trece años.

—¿Dónde está ahora?

—Duerme.

—¿Dónde están sus padres?

—Es huérfana. Sus padres murieron hace años de una manera sin sentido. Se suicidaron los dos.

Aline hizo un gesto de extrañeza mientras apretaba los puños y éstos crujían como los de un hombre.

—Pues sí que tiene gracia esta casa —masculló—. Todo el mundo se suicida. ¿Y por qué quisieron palmarla esos dos pichones? ¿Por qué?

Lorna movió la cabeza pesadamente.

—No lo sé —susurró.

—Claro que lo sabes. A lo largo de los años, algo te habrán contado, puta.

—Dicen que tuvieron miedo.

—¿Miedo de qué?

—¡Dios mío, no lo sé! —gimió Lorna mientras movía la cabeza frenéticamente—. ¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡NO LO SE!

Estaba a punto de sufrir un ataque de nervios, pero Aline se encargó de sacarle de él con dos secas bofetadas.

—Estamos hablando en serio —masculló mientras Lorna se estremecía—. Cierto que esta casa tiene un aspecto lúgubre, pero resulta un verdadera hallazgo para refugiarse durante unos días. ¿Quién más hay aquí?

—Nadie.

El puntapié en pleno estómago le hizo sufrir una terrible arcada. Lorna Reuben se estremeció, sin comprender, mientras se desencajaban sus ojos.

—¡Mientes, zorra! —barbotó Aline lanzándole a la cara partículas de saliva, mientras le amenazaba con los puños a dos centímetros de su cabeza.

—¿Por qué... por qué he de mentir? —Balbució Lorna—. Estoy diciendo la verdad. Después de lo que ha ocurrido... ¿qué ganaría con una mentira?

Aline dijo masticando las palabras:

—Te olvidas de uno. Te olvidas del paralítico.

—¿Qué?...

—El paralítico o la paralítica, no lo sé. Pero mientras me acercaba a Bernier para quitarlo de en medio, he oído antes perfectamente el roce de la silla de ruedas.

Lorna abrió mucho la boca, sin comprender.

Le parecía que todo aquello era una broma.

—¿Silla de ruedas? —balbució—. En la casa no hay ningún paralítico. Te lo juro... Ha debido ser una ilusión tuya.

Aline retiró los puños poco a poco. Sus labios se fueron plegando en una turbia mueca.

De repente, con una brusca dulzura, acarició las mejillas de Lorna.

—De acuerdo, no llores —dijo—. Está bien, te creo. Y ahora oye bien lo que va a pasar aquí, porque te conviene. Tu vida y la vida de todos los que están aquí, en especial de tu sobrina, depende de que seas una chica

razonable.

Anduvo por la habitación unos pasos, mientras ponía un cigarrillo en sus labios, y luego se volvió girando de pronto sobre sus altos tacones.

—Por una serie de razones, estamos seguros de que la policía nos va a perseguir con intensidad durante los próximos días —dijo—, y por lo tanto necesitamos un buen refugio. Esta casa está lo bastante aislada para que nadie nos moleste, de modo que nos quedaremos aquí. ¿Cuántos días? No lo sé. Pero mientras tanto los que están en la casa deben llevar una vida normal, absolutamente normal, para que nadie sospeche.

Hizo una mueca y prosiguió:

—Esos dos funcionarios del Estado tendrán que ponerse en contacto con sus superiores supongo.

—No lo sé. Imagino que sí.

—Hablaré con ellos para que digan que van a quedarse un poco más aquí y que no pasa nada. Tú, Michel,

Michel adelantó un paso.

—Ve a buscarlos —musitó Aline—. Mientras llegábamos hasta aquí, hemos examinado una por una las habitaciones de la casa. Supongo que tienen que estar en el lado sur. ¿Qué cuartos?

Lorna dijo, resignadamente, con un hilo de voz:

—El once y el doce.

—Vete y los traes, Michel.

—De acuerdo.

El asesino salió.

A pesar de la penumbra, a pesar de aquel corredor siniestro, supo moverse con una cierta facilidad porque era verdad que habían estudiado la casa.

Avanzó con rapidez hacia las breves escaleras que formaban un recodo del pasillo.

Y allí se detuvo mientras unas gotitas de sudor nacían bruscamente en sus sienes.

Se detuvo porque acababa de oír otra vez el suave chirrido metálico de la silla de ruedas.

CAPÍTULO VI
LA QUIETUD DEL MÁS ALLA

Michel volvió la cabeza poco a poco. No acababa de entenderlo. Le parecía como si aquel chirrido de las ruedas no fuese realidad, como si hubiera nacido y muerto en el propio aire que le rodeaba.

Igual que en una película de ambiente tétrico, vio la mesa de roble que había en un ángulo del pasillo.

Vio la lámpara de luz mortecina que descansaba sobre ella.

Y las manos puestas sobre ella. Eran dos manos grandes y fuertes enguantadas de negro.

Nada más.

Todo el resto del cuerpo parecía pertenecer al Más Allá.

Pero sin embargo hubiese jurado que se veía brillar quedamente el acero de las ruedas.

Michel llevó la mano a la funda axilar.

No había en este mundo nada que le asustase llevando su pistola.

Pero la voz dijo quedamente:

—Más vale que no la toques desgraciado.

Michel no hizo caso. Sacó la pistola de todos modos. Era una «Luger» del nueve largo y tenía nada menos que un cargador especial con doce balas.

—Eso de «desgraciado» te lo vas a meter donde te quepa —dijo—. ¿Quién eres?

—Vivo en esta casa.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace siglos.

Michel se estremeció.

Todo aquello le estaba pareciendo un maldito sueño.

Pero, de todos modos, acabó de ajustar bien el silenciador que llevaba la «Luger». A aquel tipo, fuese quien fuese, podía matarle tranquilamente sin hacer el menor ruido. Mientras sonreía, musitó:

—Acércate a la luz.

—¿Acercarme? ¿Para qué? Más vale que no me veas, desgraciado.

Michel se estremeció sin saber por qué. Quizá por primera vez en su vida, se sintió inseguro teniendo una pistola en las manos. Con voz espesa preguntó:

—¿Por qué dices que más vale que no te vea?

—Porque chillarías de horror.

Michel echó un poco la cabeza para atrás. Seguía sin entenderlo pero una cosa estaba clara para él: un buen disparo lo arregla todo.

Y apretó el gatillo.

Michel era de los que no pierden el tiempo jamás.

Pero no se dio cuenta de que, en la oscuridad, casi debajo de la mesa, un

garfio había avanzado al encuentro de uno de sus tobillos. No lo notó hasta que aquel garfio se le metió entre los huesos como un diente maldito, tirando de él y haciéndole perder el equilibrio justo en el momento del disparo.

El disparo no se oyó, ya que fue un simple «FLAP», pero en cambio el grito de dolor de Michel llenó todo el pasillo. El garfio le había sujetado como un anzuelo por uno de los puntos más dolorosos del cuerpo. Todos los huesos de su tobillo izquierdo parecieron desintegrarse mientras él caía hacia atrás. Y eso no fue lo peor.

De pronto notó que lo arrastraban.

¡Una diabólica silla de ruedas se había puesto en movimiento!

¡Y la impulsaba una fuerza sobrehumana!

Sujeto por el tobillo igual que una res, Michel tuvo la horrible sensación de que le arrastraba algo así como un coche marchando en primera. El terrible dolor que sentía en toda la pierna izquierda le llegaba hasta los ojos. Intentó buscar su pistola, pero la había perdido al caer hacia atrás.

Los alaridos se repitieron mientras era arrastrado a lo largo del pasillo. Notó de pronto que unas grandes puertas cristaleras se abrían mientras la luz del rayo lo iluminaba todo con una claridad espectral.

Igual que en una película de horror vio brillar desde el suelo los radios metálicos de la rueda.

Distinguió confusamente las anchas espaldas del que estaba sentado en ella.

Y, de pronto la lluvia le dio en el rostro. Lo habían sacado fuera. Oyó el estampido del trueno mezclándose a su grito de agonía.

Y entonces unos brazos que tenían una fuerza sobrehumana lo izaron sujetándolo por la espalda. Intentó defenderse, pero no pudo. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, ya había salido disparado por encima de la baranda.

Lanzó otro grito de muerte.

Y de pronto el dolor fue tan espantoso que casi le hizo perder el sentido. Pero tuvo mala suerte y no lo perdió. Se dio cuenta de todo lo que sucedía.

No llegó al suelo. Había quedado colgado por el pie izquierdo, que seguía teniendo clavado el garfio.

Todos sus huesos se estaban desgarrando.

Notaba tanto dolor como si le estuvieran abrasando las piernas con un chorro de fuego.

Así colgado en el vacío, se dio cuenta de que se estaba balanceando a pocos metros de la fachada de piedra de la casa. Lo habían lanzado desde un balcón de piedra del primer piso. Desesperadamente pidió socorro.

Notó entonces algo sin sentido.

Le estaban vaciando algo encima.

No sabía lo que era.

Pero de pronto, el olor delató aquel líquido. Michel se debatió angustiosamente mientras gritaba:

—¡Gasolina!

Tuvo una premonición horrible de lo que iba a suceder.

Y, en efecto, sucedió apenas unos segundos más tarde. El fósforo fue lanzado sobre sus ropas.

Y todo el cuerpo de Michel se convirtió en una tea.

Las llamas iluminaron todo aquel lado de la casa.

El cuerpo humano lleno de vida se contorsionó desesperadamente mientras las llamas aumentaban y aumentaban. El grito de dolor infrahumano llenó la noche.

Muchas personas oyeron aquel grito, pero una de las que estaban más cerca era la propia Aline. Abrió de golpe la ventana mientras miraba al vacío.

Y vio aquella tea humana casi a la altura de sus ojos. Vio la cara de Michel. Tuvo la visión patética, directa, desgarradora de lo que puede ser el infierno.

Cerró de golpe.

De pronto, toda su serenidad se habla hundido.

Sudaba angustiosamente mientras sentía como si se hubieran hinchado todos los poros de su piel.

Miró aturdida a Lorna Reuben.

—¿Pero qué es eso? —balbució.

Lorna Reuben tenía los ojos desencajados.

—No lo sé —balbució—. ¿Cómo voy a saberlo?

—Alguien ha quemado vivo a... a Michel.

De pronto, una especie de sombra profética había pasado por su cara.

—Os habéis metido en el infierno —musitó.

—¿El infierno? ¿De qué estás hablando?

—Ahora me doy cuenta de que lo que decía la señora Malon era verdad.

—¿Verdad? ¿Qué verdad?

—La maldición se está cumpliendo.

—¿Qué maldición? —masculló Aline, más desorientada cada vez.

Lorna Reuben dijo con una voz que no parecía la suya:

—Ha empezado lo que ella llamaba «la noche del paralítico». Pero eso solamente es el principio.

Mientras Aline notaba que el sudor resbalaba hasta las comisuras de sus labios, musitó:

—¿El principio? ¿El principio de qué?

—El alma de Lorna Reuben ha pasado a otra persona.

—Pero Lorna Reuben... ¿no eres tú?

—Estoy hablando de una antepasada mía que llevaba mi mismo nombre y apellido. Su cadáver acaba de aparecer. Su alma ya está en otro cuerpo. Pero hay algo más que debéis saber.

—¿Saber? ¿Qué?

—Lorna Reuben fue una sanguinaria asesina.

—¿Y eso qué significa?

—Que sus ansias demoniacas están ahora en otro ser humano.

Aline miró en torno suyo.

De pronto, aquel rostro que siempre reflejaba decisión estaba ahora cubierto por una mortal palidez.

Y a los cuatro hombres que estaban con ella les ocurría lo mismo.

Se notaba que al menos tres de ellos ardían en deseos de salir de allí.

Pero hubo uno, Jean, el jefe, que negó con la cabeza. Ese tenía motivos muy especiales para desear quedarse en la casa aunque la casa fuera una sucursal del infierno.

Los motivos especiales se concretaban en una sola cosa: le gustaba locamente Lorna.

Era él quien la había torturado con más saña. Era él quien había hecho más que los otros y deseaba volver a hacerlo.

—Hay que reunir a todos los habitantes de la casa —decidió.

Aline bisbiseó:

—¿Si?

—Sí. Alguno de ellos nos quiere gastar una broma pesada, pero lo va a pagar caro. Vamos a encerrarlos a todos en una misma habitación y a no dejarlos salir aunque revienten. De ese modo no correremos ningún peligro.

André susurró:

—Reunirles a todos... Bien... ¿Y quién hace ese trabajo?

—Tú, por ejemplo. ¿Es que te da miedo?

—Hay que recorrer la casa...

Jean chascó dos dedos con un gesto de desprecio.

—Está bien —dijo—, lo haré yo.

Montó su Beretta, también provista de silenciador, y abrió la puerta. Aline fue tras él mientras también montaba una pequeña «Browning».

Vieron el pasillo cargado de sombras, rodeado de muerte.

Y, de repente, un nuevo rayo iluminó hasta las entrañas de la casa. Entonces se dieron cuenta de que la suerte les había acompañado esta vez y de que iban a tener muy poco trabajo.

Porque todos los habitantes de la siniestra mansión se habían reunido allí, atraídos por los gritos de Michel. Quietos en la balconada de piedra, contemplaban con estupor lo que quedaba de aquella tea humana.

Aline los contó rápidamente.

Todos.

Dos tipos con aspecto profesoral y que debían ser Caen y Prevost.

Una mujer ya vieja, vestida completamente de negro, y que tenía un aspecto siniestro, como si fuera el ama de llaves de Drácula.

(La verdad era que todo el mundo pensaba lo mismo al ver a la señora Malon. En eso coincidía el universo entero).

Vieron también a una muchachita de unos trece años, aunque el desarrollo de su cuerpo podía hacerla pasar por quince o dieciséis. Aquella muchachita era rubia y tenía la mirada perdida, como si no viese nada de este mundo. Como si su extraño universo estuviera situado en el ¿Más Allá.

La verdad era que aquella extraña tropa de seres asustados y como aprisionados por el horror de la casa no significaba ningún peligro para cuatro hombres y una mujer poderosamente armados y decididos a todo. Por eso, Aline masculló:

—Las cosas están cambiando, hermanos. Apóyense en la pared. Pongan las manos en ella y no se muevan... ¡no se muevan o dispararé!

Todos la miraron incrédulos. Parecía como si no entendieran aún lo que pasaba. Prevost fue el primero en recobrar la serenidad mientras preguntaba:

—¿Dónde está el comisario Bernier?

—Ha muerto —respondió Aline.

—¿Qué... qué dice?

—Lo he matado yo. Y espero que eso os sirva de aviso para saber que mataré a todo el que haga falta.

—¿Pero po... por qué?

—Vamos a refugiarnos unos días en esta casa y no queremos problemas. De todos ustedes depende el que puedan seguir viviendo. Y ahora apoyen las manos en la pared, como he mandado, o no respondo de mi gatillo...

Todos obedecieron, hasta la muchachita. Pero fue otra vez Prevost el que volvió la cabeza para preguntar:

—¿Y Lorna? ¿Qué ha pasado con Lorna?

—Lorna está bien. La tenemos prisionera.

—¿Qué van a hacer con ella?

—Nada de especial. No les importa.

Y les preguntó sus nombres. Todos le dieron los mismos que poco antes indicara Lorna, señal evidente de que ésta no les había engañado.

La señora Malon susurró entonces, volviéndose:

—Ahí detrás ha ardido un hombre...

—Si —dijo secamente Aline, sin querer mirar hacia el vacío.

—¿Era uno de los suyos?

—Sí.

—¿Y ya sabe quién lo ha matado?

Aline dijo con voz pastosa:

—Lo averiguaré.

Oyó entonces la risita cascada de la señora Malon.

Era una risa chirriante que llegaba hasta el fondo de los nervios.

—No saben ustedes dónde se han metido —susurró la vieja al terminar de reír—. No pueden ni imaginarlo.

—¿Dónde nos hemos metido, según usted?

—En el infierno.

En otras circunstancias, Aline, que era una mujer práctica, hubiera hecho un gesto despectivo, pero ahora se impresionó. No supo por qué y, sin embargo, aquella voz le había llegado hasta el fondo de los nervios.

—Maldita bruja... —susurró.

La señora Malon apoyó la cabeza en la pared y dejó de mirarla, mientras

volvía a reír despaciosamente. Todo su cuerpo se estremeció como si lo recorrieran una serie de ondas convulsivas.

Jean masculló:

—¡Mátala ya! ¿A qué esperas?

El también estaba perdiendo los nervios.

—Lo haremos todo a su tiempo —dijo Aline—. De momento, esta mujer nos puede ser útil porque supongo que es la que mejor conoce la casa.

E hizo una seña con su pistola para que avanzasen todos. Obedecieron como autómatas y se dirigieron a la habitación donde estaba prisionera Lorna.

Lo primero que vieron fue la puerta del cuarto de baño abierta.

Y una mano de Bernier, una mano terriblemente blanca que sobresalía por un lado de la cortinilla de la ducha.

Prevost desvió la mirada.

Su estómago tuvo una arcada.

La segunda cosa que vieron fue que Lorna estaba, moral y físicamente, destrozada. Aunque intentó disimular la cosa estuvo clara para todos desde el primer momento. Lo que aquellos tipos habían hecho con ella no tenía nombre.

Se fueron situando maquinalmente en el lado más alejado de la habitación, a cierta distancia de puertas y ventanas, obedeciendo las mudas órdenes que les daba Aline con el revólver.

Caen recobró el habla, haciendo un esfuerzo, para preguntar:

—¿Y ahora qué?

—Ahora deben saber que nadie va a venir en su ayuda —dijo secamente Jean—. Y de ustedes depende el que sigan vivos las próximas veinticuatro horas.

Nadie se movió. Aline dijo:

—Necesitamos saber si alguien va a venir a esta casa.

Si, por ejemplo, esperan la visita de un proveedor, un amigo, un médico o cualquier otra persona.

La señora Malon negó con la cabeza.

—Nadie va a venir —murmuró—. No esperamos a nadie.

Y se dio cuenta de que Lorna la miraba con reproche. Lorna hubiese preferido oírla mentir, que dijese que esperaban alguna visita, a ver si todos aquellos esbirros tomaban miedo y decidían largarse.

Pero el «ama de llaves de Drácula» dijo con voz opaca:

—No se preocupe, señorita Lorna. Todos han entrado en el infierno esta noche. Todos morirán.

André, que estaba cerca de la puerta, gritó:

—¡Calla!

También él empezaba a perder los nervios. Oía los latidos de su propio corazón como si fuese el corazón de una persona extraña.

—Hay que encerrarlos —dijo de pronto—. Y que no puedan huir.

—Sí —decidió Jean.

Y salió al pasillo.

Buscaba unas habitaciones que fueran absolutamente seguras.

No tardó en encontrar dos de ellas casi contiguas: dos habitaciones que incluso tenían las ventanas enrejadas. Hizo entrar a la señora Malon, a Caen y a Prevost en una de ellas, y en la otra a la jovencísima Mabel.

André, que estaba a su lado, musitó:

—¿Por qué esa división? ¿Por qué no los has puesto a todos juntos?

Jean, el jefe, dijo secamente:

—No te importa.

Una risita malévola cruzó el aire.

André, cuando reía, reía como una serpiente.

—Ya lo sé. Jean —dijo—, ya sé lo que piensas.

—¿Qué pienso?

—Te gusta la chica.

Jean dijo sibilinamente;

—Tal vez.

—¿No has tenido suficiente con Lorna?

—Lorna es distinta.

André le dirigió una mirada malévola.

También él pensaba lo mismo. También él estaba pensando en la muchachita, desde el primer momento en que la vio.

Pero disimuló sus sentimientos. Encogiéndose de hombros, dijo:

—De acuerdo, tú ganas. ¿Qué hacemos con Lorna mientras tanto?

—La tendremos cerca de nosotros. Quiero que nos lleve a hacer un recorrido por la casa, para conocer esto bien.

—De acuerdo. Es una buena idea.

Los dos hombres volvieron. Aline estaba en aquel momento corriendo las cortinillas del baño para ocultar del todo el cuerpo del comisario Bernier.

Luego se volvió. Por la expresión de su cara, dio la sensación de que había tenido el mismo pensamiento que Jean.

—Lorna nos llevará a conocer bien la casa —dijo—, pero alguien tiene que quedarse aquí. Este es un sitio desde el que se domina el camino de llegada y no quiero ninguna sorpresa.

—Me quedaré yo —dijo rápidamente André.

Nadie, ni siquiera Jean, dio importancia a la rápida decisión del esbirro. Todos estuvieron de acuerdo y desaparecieron detrás de Lorna.

André quedó solo.

Una turbia sonrisa flotaba en su boca.

Se daba cuenta de que ahora iba a tener la gran oportunidad.

Cuando todos hubieron desaparecido, fue lentamente a la habitación donde estaba encerrada Mabel.

Abrió como un autómata.

CAPÍTULO VII
EL AIRE ACECHA

Sus ojos descubrieron lo que ya había visto antes: los muebles antiguos y macizos, la lámpara encendida, la cama ancha y cómoda donde uno podía dedicarse a toda clase de movimientos... Todo aquel escenario donde pensaba ser tan feliz apareció ante sus ojos apenas hizo girar la hoja de madera.

Pero en seguida pestañeó.

Porque allí había algo que no encajaba. ¿Dónde demonios estaba Mabel? ¿Dónde?

—Eh, pequeña... —dijo—. ¡Pequeña, ven aquí

Le respondió el silencio.

André hizo una mueca y se puso a mirar velozmente detrás de las butacas. De pronto la mueca se repitió en su cara, pero ahora reflejando satisfacción. Acababa de darse cuenta de que la pequeña tenía que estar debajo de la cama.

Claro, eso tenía que ser.

Y no se anduvo por las ramas.

Levantó el pesado mueble.

Vio que no se había equivocado.

Un cuerpo estaba allí debajo.

Pero no era el cuerpo que él esperaba.

Los ojos de André se desencajaron mientras lanzaba un gemido de horror.

* * *

Si cinco minutos antes le hubiesen dicho que iba a tener aquella visión del otro mundo no lo hubiera creído. Y sin embargo, ahora tenía delante el cadáver embalsamado de una mujer que debía llevar más de cien años muerta, a juzgar por la clase de sus ropas. Pero estaba incorrupta e incluso la tersura de su piel le daba una cierta sensación de vida.

Eso era asombroso.

Pero había algo más asombroso aún.

¡Se parecía a Lorna Reuben! ¡Era igual que ella!

Los dedos de André incluso la tocaron incrédulamente.

Y de pronto tuvo un espasmo de horror. Porque sus dedos se estaban hundiendo. El cuerpo, que parecía una cosa entera, se desintegraba velozmente con sólo un leve roce, se convertía en una visión macabra de olvido y de polvo.

André miró en torno suyo.

Notaba como si mil alfileres le pincharan en la columna vertebral.

La atmósfera parecía haberse espesado en torno suyo. Notaba de una forma confusa que le faltaba el aire.

¿Cómo habla aparecido aquel cadáver allí? ¿Qué significaba esa visión

diabólica? Y, sobre todo, ¿dónde estaba Mabel?

Unas gotitas de sudor nacieron en sus sienes.

La brusca sensación de que estaba acorralado le dominó.

Pero no... Todo aquello resultaba absurdo. Mabel no había podido salir de allí, y por lo tanto debía de estar oculta en cualquier sitio de la habitación.

Pero si Mabel no había podido salir de allí, ¿cómo había podido entrar el cadáver?

Las gotas de sudor empezaron a resbalar cada vez más intensamente por su rostro. Le llegaron hasta las comisuras de la boca.

Pero no, no se estaría allí. ¡Qué diablos!... No se estaría allí.

Fue hacia la puerta.

Y en aquel momento las luces de la habitación se apagaron.

Se hizo la oscuridad más impenetrable.

El silencio más absoluto, más compacto.

André no oía más que el compás de su propia respiración. Pero tendió los brazos como un ciego e intentó conservar la serenidad y los sentidos para llegar hasta la puerta.

Dio dos pasos, tres...

Estaba en el buen camino.

Sus ojos que ya empezaban a habituarse a aquella oscuridad le parecieron insinuar allí cerca el brillo del barniz de la hoja de madera.

Y de pronto tropezó con algo.

Una butaca.

Una butaca cruzada en su camino.

Maldita sea...

...¡Hubiese jurado que medio minuto antes la butaca no estaba allí!

De todos modos, no tenía tiempo para dedicarse a pensar. Bajó las manos para apartar aquel mueble.

Y entonces los dedos tocaron AQUELLO.

Los dedos tuvieron una sensación de hielo.

Porque era algo que ya había tocado antes y que no olvidaría jamás. Porque era la carne muerta, la carne que se hundía, que se desintegraba, que se convertía en aire. Porque era otra vez... ¡el cadáver! ¡El cadáver sentado en la butaca!

¡Había cambiado de sitio!

Y ahora estaba... ¡ALLI!

André sintió en la espalda el frío de la muerte. Los dedos se retiraron poco a poco porque hasta para eso le fallaban las fuerzas. Al abrir la boca para respirar se tragó las gotas de su propio sudor.

Y estuvo a punto de lanzar un grito de agonía.

Estaba en una tumba donde los muertos se movían, bailaban, pensaban... ¡Donde los muertos le buscaban entre las sombras!

Una brusca sensación de irrealidad le dominó. Pensó que estaba sonando. Haciendo un terrible esfuerzo para dominarse intentó llegar de nuevo hasta la

puerta.

Y llegó.

Tocó el picaporte. El mismo que giraba libremente unos segundos antes... ¡y que ahora estaba fijo! ¡La puerta había sido cerrada!

¿Pero cómo?

¿Y POR OUIEN?

Notó que todo daba vueltas en torno suyo.

Intentó ver algo y sobre todo salir de allí... Salir como fuera de aquel infierno negro... ¡SALIR!

A cierta distancia estaba la ventana. Un rayo que de pronto se hizo muy lejano la alumbró fugazmente. Intentó llegar a ella.

Y entonces sonó una nota de un piano.

André se detuvo de repente. Los músculos le dolían de tanto tenerlos tensos. Porque la nota musical se repitió.

Había un piano allí, en la habitación. Antes no se había dado cuenta pero tenía que estar allí. Y una persona tocaba, una persona que estaba muy cerca de él... ¿pero era una persona realmente?

¿O no?...

La terrible pregunta se clavó en su cráneo y, de pronto, un miedo cerval, absoluto, le dominó. Nunca se había sentido tan acorralado y tan perdido como cuando trató de llegar a aquella ventana. Pero entonces oyó un leve «raaaas» a su espalda.

Alguien acababa de encender una cerilla.

André se volvió poco a poco.

Estaba tenso como un muelle. Los músculos le dolían tanto que parecían chirriar a cada movimiento.

Y entonces vio que la llamita del fósforo iluminaba aquella cara. Y entonces se dio cuenta de toda la profundidad, de todo el abismo en que estaba hundido. Entonces lo comprendió todo.

Aunque aquello, ¿se podía comprender?

¿Eran de verdad aquellos oíos?

¿Aquella sonrisa?

¿Aquella mueca?

El asesino balbuceó apenas:

—Noooo...

Y la oscuridad volvió a hacerse en torno suyo. La llamita del fósforo se había extinguido.

Una mano fue hacia él.

Y, mientras tanto, la otra se movió también.

Empuñaba un rastrillo de cinco púas, como los usados por los campesinos para remover la paja. Con un seco golpe, las clavó hasta el fondo en el vientre de André como los dientes de cinco víboras.

André sintió que el dolor le llegaba hasta el fondo de las entrañas.

Todo su cuerpo se inclinó hacia adelante.

Tenía los ojos desencajados, la boca abierta.

Las púas de acero salieron y se hundieron dos veces más.

Tratando de contener la sangre que le brotaba por las espantosas heridas, Andrés cayó de rodillas bruscamente.

Chillaba como una rata herida.

Notaba que las entrañas se le estaban llenando de fuego.

Y sus ojos ya más habituados a la oscuridad distinguieron entonces el rastrillo que se alzaba sobre su cabeza.

Era una muerte despiadada y primitiva, como en los oscuros sacrificios de la Edad Media.

Las púas cayeron sobre su nuca.

Se hundieron hasta el fondo allí.

Y André se hundió para siempre, con los ojos vidriosos, en tanto las púas se clavaban más y más, hasta parecer que formaban parte de su cuerpo.

Una silueta oscura e indefinida se retiró entonces. Antes de salir, aún hizo vibrar en la oscuridad otra nota del piano.

CAPITULO VIII
SEMBRAD LA MUERTE

Fue Jean el que lo descubrió todo minutos después. Había entrado en la habitación en busca de Mabel, cuando de pronto se encontró con aquel espectáculo macabro que recordaba las ilustraciones de un cuento de horror. André aún tenía el rastrillo clavado en la nuca, y la sangre había ido brotando hasta empapar las alfombras.

El jefe de aquel grupo de asesinos se estremeció hasta los huesos. Durante unos momentos fue incapaz de respirar. Y eso que él no sabía toda la verdad, él no sabía que poco antes había habido allí un cadáver que ahora va no estaba.

Porque, en efecto, el cuerpo de la vieja Lorna Reuben no yacía ya debajo de la cama. Ni estaba en la butaca.

Jean sintió que se le secaba la boca.

Era un tipo acostumbrado a afrontar cualquier clase de situaciones, pero esta vez le parecía estar flotando en un mundo desconocido. De pronto era como si hubiese entrado en el Más Allá, en el reino de la muerte absoluta.

Durante largos minutos permaneció quieto, absorto, pasmado ante aquel cadáver que parecía haber brotado del fondo del infierno.

Pero, después de eso, una cosa quedó clara para él: tenían que largarse de allí. Habían elegido un mal refugio. El sitio en que ahora se ocultaban no era una mansión más o menos normal, sino una verdadera mansión del diablo.

Oyó de pronto un ruido a su espalda.

Y se volvió con la pistola montada, a punto de disparar, como si de pronto hubiera sufrido un ataque de nervios.

Pero la mujer que acaba de entrar allí no representaba ningún peligro para él. Al contrario: era Aline. Una Aline tan asombrada, tan aterrorizada como él mismo, y que tenía los ojos fijamente clavados en c! muerto.

Su voz pareció llegar desde el fondo del vacío cuando preguntó:

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé.

—Aquí tenía que estar encerrada Mabel. ¿Dónde se ha metido?

—Tampoco lo sé —dijo Jean.

Y con una voz temblorosa que no parecía la suya, añadió roncamente:

—Hemos de largamos de aquí.

—En eso estoy de acuerdo. Nos hemos metido en un sitio donde no entiendo nada —silabeó Aline—. No me gusta circular por carreteras que estarán vigiladas, pero cualquier cosa es mejor que quedarse en este infierno.

—¿Cuántos coches hay en la casa, aparte del nuestro?

—Dos. Un «Peugeot» que ha traído a esos dos funcionarios de Cultura y un «Renault 12» en el que venía Bernier. Por cierto, el gendarme que conducía, y al que hemos liquidado, aún debe de estar en el asiento delantero.

Hemos de sacarlo de allí. Ah... En el garaje de la casa también tienen un «Rolls», o sea que disponemos de fres coches si queremos huir ahora mismo. Aparte del nuestro, naturalmente, pero ése no lo tocaría porque puede que alguien haya dado la identificación. Nos podemos repartir entre los otros, y así el riesgo es mínimo.

—No, yo no usaría el coche de la policía ni el «Rolls» —murmuró Jean—. Uno es demasiado peligroso y el otro llama demasiado la atención. El «Peugeot» en cambio es seguro y discreto. Pero antes de irnos...

Se detuvo. Le había sorprendido incluso a él la risa maligna, la risa viscosa de Aline.

—Lo sé —dijo ella—. Te adivino el pensamiento. Antes de irnos hemos de matar a todos, absolutamente a todos los que se encuentran en esta casa. Dejar un testigo de nuestro paso podría significar un suicidio para nosotros.

—Además tardarán días en descubrir los crímenes —dijo Jean—, y eso es una garantía para nosotros porque ya estaremos lejos. Vamos... No hay que pensarlo más. Hace falta que nos pongamos en seguida en movimiento.

Y fueron hacia donde estaban los coches.

Eso era lo primero que tenían que hacer: asegurarse la huida.

Vieron el «R-12».

El gendarme muerto a balazos estaba todavía con la cabeza apoyada en el volante, y la sangre había empapado la carrocería.

—Este coche no nos sirve —gruñó Jean—. Sería como servirle las pruebas en bandeja a la policía. Hemos de ver el «Peugeot».

Se dirigieron a él.

Ahora no llovía, pero la tormenta volvía a estar cerca y los rayos lo iluminaban todo como si fuese de día.

Por eso lo vieron claramente.

Las cuatro ruedas completamente destrozadas.

Ni soñar con utilizar el coche para salir de allí.

Jean sintió que se le secaba la boca.

—Pero... —balbuceó.

Aline le tiró del brazo bruscamente.

—¡No perdamos más tiempo! —balbuceó—. ¡Esto es una trampa! ¡El nuestro!

Y corrieron hacia el sitio oculto donde habían dejado estacionado el coche que los trajo hasta allí.

De pronto se detuvieron mientras la sangre se les paralizaba en las venas.

Porque el capó de su automóvil estaba alzado. No hacía falta ser un águila para darse cuenta de que faltaba el carburador. No teniendo repuestos ni taller mecánico, ya podían despedirse del coche.

Pero les quedaba todavía una esperanza, y fue Aline la que le dio nombre. Bruscamente gritó:

—¡El «Rolls»!

Y corrieron hacia el interior del garaje de la casa que ya conocían por

haberlo inspeccionado todo antes. Se encontraron allí con que las luces estaban encendidas, iluminándolo todo con una perfecta claridad.

Y también la sangre se les heló entonces en las venas.

Porque el cadáver estaba allí. Era el mismo que vio

André antes de morir, aunque ellos no lo sabían. Era el que yació durante siglos en un ataúd antiguo. Y ahora lo encontraban sentado en la parte posterior del «Rolls», hierático, inmóvil, como una momia que espera a su chófer, un chófer que en este caso solamente podía ser el diablo.

Aline se llevó las manos a la boca.

Era la primera vez que los nervios la dominaban y que se sentía absolutamente hundida en el horror.

No entendían absolutamente nada.

Pero de pronto se volvieron los dos a la vez, mientras se cortaban sus confusos pensamientos.

Porque les había parecido oír a los dos el mismo sonido: el leve siseo de una silla de ruedas.

* * *

Miraron la amplia superficie del garaje y no distinguieron nada. Las bombillas derramaban su luz sobre rincones inhóspitos donde cien ojos parecían mirarles, pero ni una sombra se movía allí. El siseo de las ruedas debía haber sido fruto de su imaginación, una imaginación que ya empezaba a jugarles malas pasadas.

Jean resumió los pensamientos de los dos diciendo:

—Será inútil intentar salir de aquí. No hay más que ver la mancha que se extiende debajo del «Rolls».

—La veo muy bien. ¿Qué significa?

—Que el líquido de frenos se ha perdido. Los conductos han sido agujereados. Si lo que queremos es suicidarnos, ese coche nos puede servir de ataúd.

—Entonces..., ¿no vamos a poder salir de aquí?

—Al menos esta noche no, pero de todos modos sigue quedando en pie la primera parte del plan. No podemos tener enemigos aquí. Los liquidaremos a todos.

Aline apretó los labios.

También se dibujaba en su boca una mueca de salvaje decisión.

—Vamos —musitó.

Era sencillo ametrallar a todos los habitantes de la casa, porque los tenían reunidos en una sala habitación. La única de la que habían perdido la pista era la pequeña Mabel, pero eso no tenía demasiada importancia porque la encontrarían en seguida. Y liquidarla luego sería un juego de niños...

Jean hizo una seña a sus hombres, al entrar en la casa.

Ahora sólo eran cuatro, contando a Aline y contándose a sí mismo. Dos de

sus esbirros habían muerto. Quedaban Bob y Jacques, lo cual no le daba demasiada pena porque así serían menos a repartir. Al diablo...

—Preparad vuestras armas —dijo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Liquidaremos a todos los de la casa, pero hay que asegurarse. No quiero ningún fallo y ninguna vacilación. Si alguien llegase a hablar estaríamos perdidos para siempre.

Avanzaron hacia la habitación donde los tenían encerrados a todos. Pero, en el camino, Bob susurró:

—He dejado mi cargador en el dormitorio del torreón.

Jean le miró con ira.

—¿No llevas otro completo metido en la pistola?

—No. Sólo quedan dos balas.

—¡Imbécil! ¿Cuándo vas a aprender que de la pistola y del cargador de reserva no hay que separarse nunca? Vete a buscarlo y vuelve en seguida. Te esperamos junto a la puerta de esa habitación.

Bob chamulló:

—Claro que sí, jefe.

Y se alejó. Un momento después se lo habían tragado las sombras del pasillo unas sombras que de repente parecían haberse puesto en movimiento.

Bob llegó al dormitorio del torreón.

Sentía que le rodeaba el silencio.

Lo sentía como una cosa palpable, viscosa, igual que si de repente el silencio se hubiera convertido en una especie de pasta que le impregnaba la piel.

Vio la mesa ovalada donde antes había dejado el cargador.

Y, en efecto, la munición seguía allí. Todo en orden.

Y fue a tender la mano cuando de repente oyó una especie de gruñido a su espalda.

Se volvió.

Pero ya no pudo distinguir a nadie. La gran habitación estaba vacía. A lo lejos se movía un poco la puerta que daba al pasillo, pero debía de ser a causa del viento.

Miró.

No. no era el viento.

Las luces del pasillo se iban encendiendo y apagando poco a poco.

Una ahora, otra luego... Los juegos de luces y sombras se sucedían en aquella especie de interior de las catacumbas, a medida que una mano misteriosa encendía y apagaba. ¡Pero no se veía a nadie!

Bob empuñó con fuerza su pistola y avanzó hacia allí. No estaba dispuesto a que se burlaran de él. Corrió por el pasillo que de repente aparecía iluminado por completo.

Pero tampoco se veía a nadie.

Más al fondo había unas escaleras.

Silencio...

Oscuridad.

Ni que descendieran a las profundidades de una tumba.

Bob, empuñando cada vez el revólver con más fuerza, descendió por ellas. Y de pronto se encontró en el recinto más extraño que hubiera podido imaginar jamás.

Era una piscina subterránea, o al menos una piscina cubierta, aunque la penumbra le impedía ahora distinguir los detalles.

Una observación más atenta le sirvió para darse cuenta de que toda una pared era de cristales. Se trataba sin duda cíe una pared orientada al sur, de manera que los dueños de la casa podían bañarse al sol incluso durante el invierno. El agua de la piscina también debía estar clima tizada.

Pero fue ese agua lo que llamó poderosamente la atención de Bob, aunque en el primer momento no supo por qué. Quizá porque nunca había visto un agua tan negra y tan brillante como si fuese de charol. Quizá porque el silencio angustioso que le rodeaba parecía surgir del fondo mismo de aquella piscina.

Y entonces las ondas negras se movieron.

Entonces una mano brotó del fondo del abismo.

Era una mano crispada y blanca.

Terriblemente blanca.

Para representar la profundidad del infierno podía haberse elegido perfectamente aquella mano demasiado blanca y aquel agua demasiado negra.

Bob notó que chirriaban sus dientes, pero no se detuvo. No estaba ahora para vacilar. Disparó todas las balas que quedaban en su primer cargador contra el agua, apuntando a las cercanías de la mano, sabiendo que así liquidaría a la persona que estaba debajo.

Sonaron unos taponazos, porque la pistola iba provista de silenciador. Vio perfectamente los impactos de las balas en el agua y los remolinos de ésta.

Con un movimiento preciso, dejó caer al suelo el primer cargador y se dispuso a meter el segundo.

Pero entonces salió del agua algo más que la mano.

Salió el cuerpo entero.

Pero era un cuerpo vestido con ropas antiguas, un cuerpo que parecía deshacerse, porque... ¡porque ya sólo le quedaba la mitad de la cara!

Se trataba de una momia medio destruida y a la que sin embargo reconoció. Porque aquella cara era la misma de Lorna Reuben...

La mujer a la que habían torturado y atropellado miserablemente.

Pero como si no fuera ella misma, sino su fantasma. Como si hubiera muerto varios siglos antes...

Las manos se le crisparon.

No se dio cuenta de que el cargador completo le caía al suelo.

No se dio cuenta de nada...

Excepto de que... de que oía el leve siseo de unas ruedas a su espalda.

Intentó volverse.

El horror brillaba ya en su rostro, que estaba cubierto de gotitas de sudor.

Ya no tuvo tiempo de nada. Las ruedas chocaron violentamente con la parte posterior de sus piernas y le hicieron perder el equilibrio. Se hundió en las negras aguas de la piscina mientras lanzaba un chillido.

Tragó bocanadas de aquel agua oscura, viscosa y que empezaba a tener un olor fétido. Con una mueca, dio impulso a sus pies en el fondo de la piscina y salió.

Pero no salió él solo.

Se dio cuenta de algo más.

Del fondo del agua brotaban... ¡otros dos cadáveres!

¡Dos cuerpos espantosamente blancos y que corrompían el agua!

Los cadáveres... ¡de Michel y de André!

¡Sus cuerpos que brotaban del infierno!

Sintiendo que la náusea le quitaba las fuerzas, le quitaba el aliento, intentó bracear hacia una de las orillas de la piscina. Se daba cuenta de que estaba nada menos que en una tumba líquida, rodeado de muertos.

Fue a llegar al borde.

Y entonces vio el metal de las ruedas.

Nada más.

Eso y unas piernas de hombre, enfundadas en un pantalón gris y terminadas en unos zapatos negros.

El resto de la silla de ruedas permanecía en la sombra. No se podía ver quién era su siniestro ocupante. Pero aquellas ruedas despedían un brillo maléfico, hostil, como si sobre ellas marchara la propia muerte.

Bob gritó de miedo.

Por primera vez en su vida sentía un pavor que le dominaba, un pavor que no le dejaba pensar. Braceó desesperadamente para llegar al otro lado de la piscina, pues no tenía valor para salir por el sitio donde estaba la silla de ruedas.

Y entonces apareció el garfio.

Era un bichero de los que se empican para sacar los cadáveres del agua. Aquel bichero le empujó al principio.

Bob emitió un grito de horror.

Intentó volverse bruscamente.

Pero el bichero ya no estaba allí. De repente lo tenía a su espalda. También la silla de ruedas se había movido.

Ahora permanecería completamente hundida en las sombras. Solamente se vislumbraba el brillo maléfico de los radios de una rueda.

Bob ya no sabía hacia dónde nadar. Intentó ir hacia el único sitio que se le aparecía como un sitio libre.

Y entonces el bichero surgió de nuevo.

El garfio le sujetó por la americana.

Bob hizo un esfuerzo terrible para desasirse, mientras lanzaba una serie de

gemidos de horror, pero como lo tenían enganchado por la espalda no había medio humano de librarse de aquello. Notó que el garfio lo atraía poco a poco.

Chilló desesperadamente.

Porque lo llevaba... ¡al sitio donde estaban los muertos!

¡Lo mezclaba con ellos!

¡Le hundía la cabeza para tragarse aquel agua fétida!

Todo su cuerpo se convulsionó. Chilló desesperadamente mientras intentaba llevar los brazos hacia atrás para arrancarse el garfio.

Inútil.

La fuerza que surgía de las sombras le seguía empujando.

Ya estaba junto a la mujer, junto a la momia. Hizo un esfuerzo desesperado para no tocarla.

Y entonces el bichero le empujó hacia abajo. Le hundió la cabeza en el agua.

Los ojos de Bob se enturbiaron.

Los pulmones empezaban a abrasarle.

No podía más.

Se preguntó si no era peor aquello que lo de Michel, a quien habían quemado vivo.

La presión cesó por un momento. Pudo sacar la cabeza y respirar ansiosamente. Entonces miró.

Y sus ojos se dilataron de asombro y de horror.

No, no podía ser.

Aquellos ojos terriblemente fijos...

Aquella sonrisa en la boca...

El había visto antes aquella cara, pero la cara no era la misma... ¡No! ¡No era la misma!

Lanzó un gemido.

Y aún estaba con la boca abierta cuando la fuerza del bichero le introdujo de nuevo la cabeza en el agua.

Como le faltaba aire tragó maquinalmente, tragó aquel líquido fétido hasta que sus pulmones parecieron estallar. Dos veces más el garfio tiró de él hacia arriba, para que respirase, y dos veces lo volvió a hundir.

Era un suplicio sin nombre.

Bob braceaba desesperadamente.

Pero al fin las fuerzas le fueron abandonando.

Dejó de luchar.

Poco a poco, su cuerpo adquirió la ligereza de un cadáver más de los que flotaban en el agua. Quedó en la superficie con la cabeza hundida y los brazos en forma de cruz.

El bichero se retiró entonces lentamente.

Sonó una risita queda.

Y las luces de la piscina se apagaron para que todo aquello quedase



hundido en las más espesas tinieblas.

CAPITULO IX
TU PUEDES SALVARTE, NENA

Jean empezaba a perder ya el control de sus nervios. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

Ahora que había tomado una decisión, ahora que empezaba a centrarse un poco... ¡pasaba lo de Bob!

—¿Pero dónde se habrá metido ese imbécil? —masculló—. ¿Tanto tiempo necesita para buscar un cargador?

—Se habrá perdido en la casa —insinuó Aline.

—Narices. Ni tú misma crees en eso.

Y los dos se miraron al fondo de los ojos. Los dos pensaban lo mismo. Pero ninguno de ellos se atrevió a decirlo en voz alta hasta que la propia Aline bisbiseó:

—Es posible que... que le haya ocurrido algo.

—No quiero pensar en eso. Sería demasiado.

—Hemos de admitir la idea de que estamos en un lugar maldito, Jean. Por eso hay que buscar algún medio de salir de aquí y antes liquidar a todo el mundo.

—Empecemos por eso. Abre.

La llave estaba puesta en la cerradura por la parte de fuera. Jacques, que estaba a su lado, fue el que la hizo girar. Con las pistolas preparadas irrumpieron en la habitación.

Y los vieron a todos. Se hallaban quietos junto a la pared como si esperasen ya la rociada de balas.

Prevost, que estaba muy pálido pero quería aparentar firmeza, los miraba directamente a los ojos.

Caen, cuyas manos temblaban, aunque hacía esfuerzos terribles por dominarse. Quizá era el que con más claridad había adivinado lo que les esperaba.

Lorna Reuben, más preciosa que nunca, y que les desafiaba con los ojos como si pensase que ya no le importaba morir.

La señora Malon, en cuyos labios se dibujaba una sonrisa sarcástica y burlona, como si les estuviese anunciando que la maldición de los Reuben seguiría implacable su marcha.

Y la pequeña Mabel.

Mabel usando una falda muy cortita, una blusa casi transparente, como si de pronto tuviera el mayor interés del mundo en demostrar a todos que ya era una mujer. Y la verdad es que lo era, pese a sus trece años.

Jean la miró intensamente.

El era un sádico, no trataba de negarlo.

Le gustaba la chiquilla.

Y se estaba preguntando ya si convenía matarla o convertirla antes en un

objeto de placer cuando de pronto Aline le dio un suave codazo.

—Eh... Esto no cuadra.

Se volvió. Aline estaba muy pálida.

—¿Qué pasa? —farfulló.

—¿Es que no te has dado cuenta? Esa chica estaba encerrada en la otra habitación. No tiene sentido el que ahora esté aquí... ¡No tiene sentido!

Jean notó como un aleteo, el temblor de sus propios párpados.

—Es cierto... La habíamos encerrado en la otra habitación —bisbiseó—. Y, cerrada por fuera como estaba, no ha podido salir...

—Entonces, ¿qué significa esto?

Jean susurró con voz apenas audible:

—Todo tiene su lógica. Seguramente cuando fue descubierto el cadáver de André, ella estaba escondida y aprovechando que la puerta se encontraba abierta, huyó sin que nadie lo advirtiese.

—¿Para venir a encerrarse aquí?...

—No olvides que están los otros. Una chiquilla de esa edad necesita sentirse acompañada por alguien.

Pero Aline, que era un espíritu frío y analítico, musitó:

—Muy bien, supongamos que haya entrado, ¿pero cómo ha podido, luego, volver a cerrar por fuera?

Era una pregunta que no tenía respuesta y que además les hizo sentir a los dos el frío de la muerte en sus espaldas. Miraron como alucinados a todo aquel grupo en el que iban a sembrar la muerte.

La señora Malon escupió al sucio.

—Habéis entrado en el infierno —dijo—. No os habéis dado cuenta aún de que la maldición está en marcha.

—¡Calla, cochina vieja! ¡Cállate!

—Habéis olvidado que el alma de Lorna Reuben ha pasado a otro ser... ¡y que Lorna Reuben fue una asesina!

Jean sintió que sus nervios se disparaban otra vez.

—Si eso es cierto, el alma de esa loba humana debe estar en tu cuerpo —farfulló—. Es el único sitio lo bastante podrido para que haya sentido la tentación de meterse.

El «ama de llaves de Drácula» volvió a reír.

Su risita era sardónica y burlona.

Estaba claro que se daba cuenta de la situación, pero no le importaba la muerte. Era la única que no debía sentir miedo.

Al contrario... ¡se divertía!

Con voz cascada, masculló:

—Podéis disparar si eso os place. Nada conseguiréis. El alma de Lorna Reuben irá entonces a buscar otro cobijo... ¡quizá uno de vuestros propios cuerpos! ¡Y os destruirá! ¡Os destruirá! ¡OS DESTRUIRA!

Se había exaltado. Sus manos sarmentosas arañaban el aire. Sus ojos brillaban diabólicos en la semioscuridad.

Jean ya no pudo más.

Fue a disparar.

Pero en ese momento Prevost se situó delante del ojo de la pistola. Aunque le temblaba la mandíbula a causa del miedo, estaba haciendo un esfuerzo terrible para dominarse. Y eso le llenaba de dignidad.

—Sé qué vais a matamos a todos para no dejar testigos —balbuceó—. A todos los que estamos aquí nos habéis condenado a muerte.

Jean no lo negó. Al contrario.

—¿Tienes algo que oponer? —susurró.

—De nada serviría. Sé que el crimen tiene también su lógica.

—Pues si lo sabes, haz lo único que te conviene en este momento... ¡reza!

Prevost susurró:

—Yo ya soy viejo y no me importa demasiado morir, pero hay algo que quiero pediros. Tengo derecho a hacerlo.

—¿Sí?...

—Aquí hay una chiquilla de poco más de trece años. Respetadla al menos a ella. Dejadla vivir.

Y señaló hacia Mabel. Pero Jean ya había perdido hasta el último asomo de piedad, si es que alguna vez la tuvo.

Dijo:

—Idiota...

Y disparó.

Prevost no oyó el taponazo ni sintió nada. La bala le había penetrado entre las dos cejas. El hombre cayó hacia atrás como un fardo, con los ojos terriblemente abiertos. Quedó quieto a los pies de los otros.

Jean dijo con voz opaca:

—Y ahora la mujer. Esa podrida de Lorna.

Y apuntó a la joven.

Pero entonces Aline dijo con voz opaca:

—De ella me ocupo yo.

—¿Tú?...

—Es una tarea propia de mujeres, ¿no?

—Eso poco importa. Haz lo que quieras.

Y mantuvo a raya a los otros con su pistola, como si estuviese eligiendo mentalmente una nueva víctima. Mientras tanto, Aline se llevó aparte a la absorta Lorna Reuben.

Y de pronto se detuvo.

Porque se dio cuenta del pensamiento electrizante que había pasado por la mente de Lorna Reuben. Porque estaba bien claro lo que ella pensaba: «¿Y si los ha matado Aline? ¿Y si ha sido la propia Aline la que?...

Jean se volvió, entonces, para mascullar:

—Bueno, ¿pero qué hacéis vosotras? ¿Tanto tenéis que hablar?

—¿Y a ti qué te importa?

—¡Te equivocas, Aline, maldita sea tu estampa! ¡No nos importaría si las

cosas fueran normales, pero ahora ya no lo son! ¡En este momento no estamos para perder el tiempo, ni mucho menos! ¡Tenemos que eliminar testigos y buscar una forma de salir de aquí! ¡Lo más importante es esto: salir de aquí!

Se estaba poniendo nervioso y la pistola temblaba entre sus dedos. Aline, que tenía un temperamento mucho más frío y calculador, le miró con desprecio.

—Mátalos a lodos, idiota —masculló.

Todos se dieron cuenta de lo que aquello significaba. Lorna Reuben se revolvió entonces bruscamente, con rabia.

—¡Disparad de una maldita vez! —gritó—. ¡Disparad, piara de cerdos! ¡Acabad con esta porquería! ¡Bebed nuestra sangre si es eso lo que os gusta! ¡DISPARAD!

Jean se puso nervioso otra vez. Giró bruscamente la pistola hacia la dueña de la casa.

Y en ese momento las luces se apagaron en seco. En ese momento les envolvieron de una forma brutal las más espantosas tinieblas.

CAPÍTULO X
EL FRIO DE LA CUCHILLA

Jean lanzó una maldición.

Estaba seguro de que alguno de los prisioneros tenía cerca el interruptor de la luz y lo había presionado, dejándoles a oscuras a todos, ¿foro quién? ¿Y dónde demonios se estaban metiendo, ahora

Porque oía ruido de pasos en torno suyo. Los prisioneros huían en todas direcciones. No sabía adónde disparar.

Si apretaba el gatillo podía herir a Jacques o a la propia Aline. Y eran la única gente que le quedaba.

Jacques, el último de sus hombres, fue más decidido que él. Se dirigió de un salto hacia la puerta para impedir que escapase alguien. Si los prisioneros se les perdían en las profundidades de la casa... ¡no los encontrarían ya nunca!

Tocó la hoja de madera:

Y se detuvo.

Porque había notado una cosa extraña.

Alguien respiraba lentamente junto a él.

Pero no era la respiración de una persona.

Era la respiración de un animal.

Caliente, intensa, rápida...

¡Un aliento que atravesaba la piel y penetraba hasta las venas!

Jacques balbució:

—¿Quién es?

En la oscuridad, la risita sonó junto a su oído.

Era una risita tan lenta y viscosa como el aliento.

Y entonces Jacques se dio cuenta de que estaba ante algo sobrenatural. Se dio cuenta de que sentía lo que debieron sentir sus amigos antes de morir. Y tendió las manos ansiosamente hacia adelante.

Entonces tocó.

Tocó... ¡TOCO!

Y una mueca de incredulidad se dibujó en su rostro, pero nadie pudo verla. Porque de pronto se dio cuenta de que no podía ser. De que aquello era... ¡imposible!

—No... —fue lo único que pudo decir.

El cuchillo se metió entonces en sus entrañas.

Una mano se lo hizo girar en el vientre, cuando lo hubo clavado, de tal modo, que pareció ir a quedarse para siempre allí.

El alarido de Jacques llenó la noche.

Se confundió con el retumbar del trueno.

El cuchillo salió y subió.

Ahora se le fue a hundir en la garganta.

Jacques tuvo un espasmo terrible mientras sus rodillas se iban doblando

poco a poco y notaba que la puerta se abría.

Aún tuvo fuerzas para salir.

Aullando.

Regando el suelo con su sangre.

La luz del rayo le descubrió entonces su propia cara en uno de los espejos del corredor. Y detrás, riendo lentamente, estaba fa otra cara..., ¡la otra cara! ¡LA OTRA!

La última cuchillada le atravesó el corazón por la espalda.

Pero él ya había descubierto el misterio que flotaba en las entrañas de la casa.

Un misterio que no podría revelar a nadie.

Porque en aquel momento se desplomó mientras en la mansión de los Reuben volvía a retumbar el sonido horrísono del trueno.

CAPÍTULO XI
VEN, MUÑECA

Jean no entendía nada. Sus ojos se desencajaron mientras intentaba ver algo en aquella terrible oscuridad. Notó como si de pronto una mano de hielo se hubiera posado en su espalda.

—¿Pero qué ocurre? —masculló—. ¡Aline! ¡Aline!

Aline dijo junto a él:

—Estoy aquí.

—¿Y Jacques?

—No lo sé. Le he oído chillar como si le hubieran desgarrado las entrañas. Junto a la puerta.

—¿Pero es posible que...?

—No lo sé, te lo repito. Pero sea como sea... ¡hay que largarse de aquí!

—¡Antes hay que saber dónde están los otros!

En efecto, no sabían si los prisioneros se habían podido largar. No se veía absolutamente nada. Estaban como en una tumba.

Pero pronto pudieron ver.

La luz se encendió de golpe.

Y entonces Aline y Jean vieron que estaban allí con la sola compañía de la más jovencita de todos. Con la sola compañía de Mabel, que era la que acababa de oprimir el interruptor.

Todos los demás se habían evaporado.

Jean aulló:

—¡Hijos del infierno!...

Como si el hijo del infierno no fuera él.

Y abrió para salir al pasillo, que de pronto también estaba iluminado. Pero no necesitó dar ni dos pasos para encontrarse con el cadáver de Jacques, que estaba bañado en un lago de sangre.

Barbotó:

—No puede ser...

Aline apareció junto a él. Por primera vez temblaban los labios de aquella mujer que parecía no haber tenido nunca miedo. Estaba al borde de la histeria.

—Alguien está jugando con nosotros —dijo con una voz que no era la suya—. Empiezo a creer en los poderes sobrenaturales de esta casa.

—Ha tenido que ser... uno de los que han huido. Nada de poderes sobrenaturales. Es un ser humano el que hace esto. Y yo conozco su nombre.

Ella le miró con insólita fijeza.

—¿Su nombre? ¿Cuál? —preguntó.

Jean la seguía mirando fijamente.

Tan fijamente que Aline balbució:

—¿Es que acaso sospechas de mí? ¿Estás loco?...

—No. La sucia endemoniada que ha hecho todo esto es la vieja, es la

señora Malon o como se llame. Si aquí hay alguien que lleva el espíritu de Satanás no puede ser más que ella. ¡Y hay que encontrarla! ¡Encontrarla como sea!

Aline balbució:

—Sí, ¿pero dónde?

—No lo sé. Esta casa es...

—Tienes razón, Jean. Estás pensando lo mismo que yo. Es inmensa. Si nos separamos, también nosotros dos moriremos como ratas.

—No nos separaremos. Huiremos de aquí aunque sea a pie. Tampoco parece que vaya a ser tan difícil.

—Pero la policía...

—También podremos esquivarla. Robaremos un coche en cualquier población cercana...

Volvieron a mirarse fijamente los dos. Habían tomado una decisión y esa decisión hacía que unas gotitas de sudor perlaran sus frentes. De pronto, en el fondo de sus ojos latía la llamita del miedo con más intensidad que nunca.

—Por aquí...

Avanzaron por el pasillo, hacia las escaleras que llevaban a la planta baja. La lividez de los rayos seguía alumbrándolo todo. No se veía un alma. Todos los cristales temblaban bajo la intensidad del trueno.

Pero, de pronto, Aline se volvió.

Le parecía haberlo oído.

Con un hilo de voz bisbiseó:

—Juraría que lo he escuchado bien.

—¿Has escuchado? ¿Qué?

—Alguien nos sigue.

—¿Cómo que nos sigue? No he oído ninguna pisada. Es imposible. No he oído ninguna pi...

Los dientes de Aline entrechocaron al decir:

—¡Cállate! ¡No lo entiendes! ¡No anda! ¡Nos sigue en una silla de ruedas!

* * *

Los dos se miraron en el fondo de aquella penumbra, bañados en su propio sudor, sintiendo un lento y monótono pinchazo en el fondo de los nervios. La silla de ruedas... ¿Pero qué pasaba allí? ¿Qué maldición era aquélla? ¿La noche del paralítico...? La silla de ruedas...

Aline dijo de pronto:

—Quédate aquí.

—¿Yo? ¿Por qué? Habíamos acordado que no nos separaríamos.

—No nos separaremos. Sólo trato de llegar hasta ese cruce del pasillo y asegurarme de que no nos espera nadie. No quiero sorpresas en un sitio como éste.

—De acuerdo —dijo Jean—. Vigilaré.

Aline avanzó poco a poco.

Oía el ruido de sus propios pasos como si fuera otra persona la que la estaba siguiendo.

Llegó a la esquina.

No vio nada. Sólo otro largo pasillo de piedra con las ventanas de cristales emplomados estremecidos por los truenos. Parecía como si durante años no hubiera pasado un ser humano por allí.

Pero entonces oyó la voz:

—Aline...

Parecía llegar de todas partes.

Era una especie de susurro que se filtraba por las paredes.

—Aline...

Brotaba del techo, de las paredes. Era una voz muy débil y sin embargo estremecía el aire.

Jean, situado a unos treinta metros de distancia, no podía oírla.

Aline volvió la cabeza.

El sudor le resbalaba por la espalda.

De entre sus labios escapaba una saliva amarga.

Y entonces vio las ruedas de la silla. La tenía allí, jumo a ella. Parecía mentira que antes no se hubiera dado cuenta.

Vio los zapatos y el nacimiento de los pantalones.

Más arriba estaba la cara, pero allí había algo que no podía ser... Algo que no coincidía. Algo que...

La voz volvió a decir suavemente:

—Aline...

Y sobre su cabeza se descargó el hacha. Las dos manos la habían sujetado con satánica fuerza. La lengua de acero partió en dos la frente de la mujer.

Aline no pudo ni chillar.

Tuvo la horrible sensación de que el filo del hacha le había penetrado por el centro de los ojos.

El arma volvió a alzarse.

¡CHASK!

La sangre saltó hasta los cristales emplomados, nuevamente sacudidos por el trueno. Aline saltó hacia atrás.

No se dio cuenta de que salía despedida por una de aquellas ventanas. No llegó a ver que la luz lívida del rayo arrancaba bruscos reflejos a su sangre.

Cuando se derrumbó junto a las losas del pie de la torre, casi no tenía cabeza.

Luego el susurro de las ruedas se volvió a oír. Pero dio la sensación de que se perdía en las sombras del pasillo para siempre.

* * *

Jean captó el ruido de la ventana al romperse. Aunque todavía no tenía

idea de lo ocurrido, fue a toda velocidad hacia allí.

El miedo le empujaba.

Dobló el recodo y pudo ver la ventana rota y la pared manchada de sangre. Como un obsesionado, miró hacia abajo a través de los cristales deshechos.

Y se estremeció. No necesitó mirar más de diez segundos a Aline para darse cuenta de lo que había sucedido.

Entonces fue volviéndose poco a poco.

Sabía que estaba solo. Los latidos de su corazón parecieron apagarse a causa del miedo. Palpando las paredes, empezó a andar.

Pero no sabía adónde iba. La casa parecía no haber sido habitada jamás. De pronto no se oía ningún ruido, pues hasta los truenos habían cesado.

Buscaba desesperadamente una puerta. Tenía que escapar de allí como fuese. Incluso saltar por una de las ventanas no le sería tan difícil.

Pero antes...

Sí, antes haría aquello. No se iría de allí sin consumar lo que había deseado. Lo tenía tan al alcance de la mano que sólo necesitaba dar unos pasos hacia el interior de la habitación.

Mabel estaba allí.

Le miraba aterrada junto a la cama.

Jean se olvidó de su miedo.

Su verdadero instinto asomó a él. Una especie de furia demoníaca le dominó. La misma sensación de que le rodeaba la muerte hizo que aquel instinto se multiplicara por cien.

Le gustaba la carne joven; siempre había tenido aquella cochina debilidad. Y ahora la víctima estaba tan cerca que no la quería desperdiciar.

Podía hacerlo antes de irse de la casa. No ocurriría nada por unos minutos. Le bastaba con entrar en la habitación y...

Cerró la puerta a su espalda.

Había entrado lentamente.

En sus labios flotaba una sonrisa viscosa y turbia.

Mabel chilló.

Parecía aterrada por lo que iba a suceder. Debía darse cuenta de que no tenía escapatoria.

Jean saltó sobre ella y bruscamente fue a taparle la boca para que no chillara más.

Y entonces se dio cuenta de algo.

Fue al alzar la cabeza.

Sus párpados temblaron cuando la distinguió. La silla de ruedas estaba allí.

Pero vacía.

Junto a la silla unos zapatos y unos pantalones de hombre.

—¿Qué... qué significa esto?

Y entonces oyó la risita.

La lenta risita que sonaba junto a él.

¡Junto a su propia cara!

Bajó la cabeza poco a poco para mirar a Mabel.

Y se dio cuenta de que ya no era su cara.

De que aquellos ojos eran otros ojos.

De que las manos avanzaban hacia él.

De éstas brotaban unas uñas postizas de acero, afiladas como las zarpas de un tigre. Instantáneamente aquellas uñas subieron hacia él.

¡Hacia sus ojos!

No tuvo tiempo de retirarse. Las terribles piezas de acero le atravesaron los párpados y se hundieron en sus globos oculares. Lanzó un terrible grito de dolor que sacudió todo su cuerpo, mientras de pronto las piezas de acero se le hundían en el cuello.

Quiso saltar de la cama.

Desembarazarse de aquel abrazo terrible. Huir de allí. Evadirse de aquel horror que le ahogaba.

Pero lo que le estaba ahogando era su propia sangre.

De pronto tenía los ojos espantosamente abiertos, espantosamente rojos, pero no veía nada. Cayó de la cama mientras gorgoteaba algo sin sentido, unas cuantas palabras que no parecían humanas. Luego cayó hacia atrás.

Las zarpas de acero cayeron sobre su cuello, otra vez.

Todo el cuerpo de Jean tuvo un último y terrible espasmo. Reventó sin llegar a saber en qué diabólico sitio se había metido.

Mabel descendió poco a poco de la cama.

Se acercó al espejo.

Su cara seguía siendo casi infantil pero algo había cambiado en ella. Tenía la expresión de la muerte, la de la vieja Lorna Reuben salida de la tumba. La nueva alma que horas antes se había aposentado en su cuerpo brillaba en su mirada y en la extraña sonrisa de su boca.

Luego dejó de mirarse y lanzó una risita seca.

En el espejo acababa de ver reflejarse la cara de la señora Malon. La señora Malon se acercó lentamente y musitó:

—Así me gusta, Mabel. Eres como dicen que era ella.

Mabel no contestó.

Aquella extraña y leve sonrisa seguía flotando en sus labios.

—Has utilizado muy bien las entradas secretas —dijo la señora Malon—, y has aprovechado muy bien mi ayuda. Pero ahora prométeme que no harás nada contra los habitantes de esta casa.

—Me cuesta prometerlo —bisbiseó Mabel con una voz que no parecía la suya—. De vez en cuando necesitaré actuar.

—Eso es fácil de resolver. Lo que hemos de evitar es que alguien más se quite la vida, como le pasó a Nelly, la institutriz, al notar lo que te estaba pasando. A mí, en cambio, no me importa conocer la verdad. Yo seré la única en saberla. Nadie llegará a sospechar nunca quién ha hecho todo esto, incluso haremos desaparecer todos los cadáveres, excepto los de Bernier y Nelly, y nadie llegará a ver claras las cosas.

—Pero de vez en cuando necesitaré... —dijo Mabel con voz ronca—. No haré ningún daño a Lorna ni los otros, pero de vez en cuando necesitaré...

—Lo sé muy bien, pero no te preocupes —dijo la señora Malon mientras le acariciaba el pelo lentamente—. Pondremos aquí una residencia, una especie de hotel. Con un poco de suerte, lo inauguraremos dentro de seis meses.

EPILOGO

El que conducía el coche preguntó:

—¿Tú crees que se darán cuenta?

—No. La chica está drogada y no contestará nada coherente. Puedes inscribirla como tu hija mientras yo me inscribo como un primo lejano vuestro. Además, en estos sitios nunca preguntan. ¿No te das cuenta de lo aislado que está? ¿No has visto aún que es una residencia para parejas?

—Sí, claro. La dirección me la dio un amigo que se traía aquí una chica, pero nunca he vuelto a saber de él. Tendré que telefonearle.

Y dio gas para hacer rodar el coche hacia la casa.

FIN